España

ORGANO DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

SE PUBLICA LOS SABADOS
Redacción y Administración: Tacuba, 15
Director: MANUEL ALBAR
PRECIO: 25 CENTAVOS
Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, con fecha 22 de febrero de 1944.

Año I | México, D. F., 30 de Septiembre de 1944 | Núm. 35

SUCESOS EXTRAORDINARIOS

DIALOGOS QUE NO SON DE PLATON

Si es cierta —y su origen hace suponer autorizadamente que lo es— ¿qué interpretación debemos dar a la noticia transmitida a don Félix Gordón Ordás desde Londres, según la cual un enviado especial del Gobierno soviético llegó a la capital inglesa para entrevistarse con el duque de Alba, representante de Franco en Inglaterra? Abordamos el comentario poniendo especialísimo cuidado en la mesura de nuestras palabras. Entre otras razones, porque no hemos descartado aún la posibilidad de un error en la información. Mas, admitida por exacta la noticia ¿qué valor debemos atribuirle? ¿Qué temas han motivado esas tres conversaciones a que la noticia se refiere entre el delegado comunista y el opulento duque de Alba, que no es solo el representante de Franco en Inglaterra, sino el más prominente de los valedores con que cuenta la restauración de la monarquía en España? ¿Qué extraños pactos se han convenido en ellas o qué promesas mutuas han podido asentar la amistad del duque y el bolchevique, felizmente sellada con una vacación en la residencia prócer del primero? Preguntas son estas de respuesta harto difícil, aunque lo insólito del suceso permite todas las conjeturas. Todas, pero ninguna, desde luego, satisfactoria. ¿Se estará poniendo en escena una nueva farsa tramada en los conciliábulos de la rebotica aliada y en la que a España se le adjudique el papel de víctima, pareja a la que con tanto éxito se representó en Italia cuando el despampanante mariscal Badoglio se adelantó al proscenio amparado por la bonachona sonrisa de Stalin y los buenos oficios del AMGOT? No falta quien, antes de ahora, apuntó la sospecha, ni quien imaginó que el también insólito y repentino lanzamiento a la circulación publicitaria de esa moneda falsa que es la Junta Suprema de Unión Nacional podía muy bien ser un anticipo de futuras y desconcertantes empresas. ¿Vendrán las entrevistas de Londres a justificar la malicia de los que así opinaban?

Quisiéramos tener sólidos fundamentos para responder negativamente, y nada agradeceríamos tanto como que, quien pueda hacerlo, nos los brindara. No solo por el interés nuestro, sino para no vernos obligados a perder definitivamente la ya muy mermada confianza que tenemos en la política de las NN. UU., bien sea considerada conjuntamente o la de cada una de por sí. Precisamente porque los antecedentes son tan amargos, a través de la absurda y deshonesta benevolencia que los gobiernos de Londres y Washington han venido teniendo con Franco, después de haber contribuido tan concienzudamente a la ruina de la República, es por lo que el presente nos encuentra siempre en guardia de recelo. Cuando se tiene una experiencia como la nuestra, lo adecuado es tener siempre el ánimo dispuesto a lo peor, sin que ello implique, por lo menos en nuestro caso, desfallecimiento ni pérdida de fe en nuestro propio esfuerzo. Pero es penoso contemplar cómo poco a poco, o mucho a mucho, va perdiendo prestigio y grandeza una causa en la que tantos millones de hombres tienen puesta su esperanza y por la que se ha vertido ya tanta sangre generosa. La derramada en España, savia de un pueblo tan admirable como el que más lo sea, merecía bastante más respeto del que se le ha guardado. ¿Olvidará también Rusia ese deber moral, atenta al indigno proceder —conducta de mercachifles y usureros— que se ha dado en llamar política de realidades? A ella, menos que a ninguna otra nación, podría perdonársele. Por lo que significa y por la actitud que hasta hoy mantuvo en orden a los problemas de España. Hace bien pocos días aún que las estaciones de radio de Moscú formulaban duros cargos contra Franco y el régimen falangista. Los acusaban de estar procurando, en complicidad con el nazismo, salvar del naufragio de la derrota lo que pueda salvarse, para lo cual un verdadero ejército de agentes falangistas, bien instruídos, y en compañía de los alemanes que huyen de Alemania hacia España, por vía aérea, se desplazaban constantemente al Continente americano, cuya base de operaciones está en la Argentina. A la república del Plata llegan los alemanes, desde España, escudados en pasaportes que les facilita el gobierno de Franco. Todo eso es cierto y no ignorado. Tan cierto como esos noticiarios cinematográficos, hechos en España, que subrepticiamente se han estado pasando en algunos cines de México, hace una semana, y en los cuales aún se presenta a los heroicos falangistas que fueron a combatir contra Rusia en la División Azul. Y tan cierto como el ofrecimiento del millón de soldados de Franco para exterminar a los rusos, y las arengas del caudillo proclamando la muerte del régimen bolchevique. Todo eso es verdad. Pero si también es verdad el diálogo con el duque de Alba ¿a qué carta hemos de quedarnos los que no entendemos mucho de ciertas complejidades diplomáticas? ¿En qué explicación tranquilizaremos nuestro espíritu? Verdad es igualmente que el duque de Alba quisiera ver desaparecer a Franco, y en eso coincidimos perfectamente él, Stalin y nosotros. Pero a condición de que nadie olvide que detrás de Franco no debe haber, ni habrá, más que la República.

¡Ach! ¡Recuerda!

Bissell en el Nashville *Tennessean*.

Despedida

PAUL RIVET A FRANCIA

El lunes, 25, nuestro querido amigo Paul Rivet emprendió viaje a Nueva York, desde donde se trasladará a Francia para colaborar con el Gobierno francés y hacerse cargo nuevamente del Museo del Hombre, de París. Le despidieron muchos amigos mexicanos, franceses y españoles, con los miembros de la Junta Española de Liberación, señores Diego Martínez Barrio, Indalecio Prieto, Alvaro de Albornoz, Gordón Ordás, Esplá, Sbert y otros. En todos deja el profesor Rivet un arraigado cariño.

VOCES AMIGAS

EN PRO DE LA REPUBLICA

Prosiguiendo su tenaz campaña en favor de la República española, el representante demócrata por Nueva York, John M. Coffee, al cual nos hemos referido frecuentemente, está tratando de organizar una agrupación parlamentaria que tome a su cargo la defensa de los republicanos españoles. Dondequiera que el fascismo da señales de presencia, John M. Coffee se apresura a presentarle batalla. Su preocupación principal es, sin embargo, el combate contra Franco y, consiguientemente, la restauración de la República en España. Mr. Coffee —hombre joven, dinámico y culto— ha dedicado especial atención a la influencia falangista en América, tema que le apasiona fuertemente y que pocos conocen mejor que él. Amigo fervoroso del presidente Roosevelt, no ha ocultado nunca su radical discrepancia con la política que el Departamento de Estado norteamericano ha seguido y sigue respecto a la situación de España. Ha denunciado la intromisión falangista en el Continente aportando pruebas documentales y demostrando lo pernicioso de esa influencia para la causa de las NN. UU. y para la cooperación americana en la post-guerra. Aunque por el momento sus advertencias y acusaciones no parecen encontrar mucho eco en el hermético ambiente oficial, su entusiasmo y su actividad no desmayan.

Le secundan otros representantes de bien probado sentimiento demócrata —entre ellos Dennis Chávez y Vito Marcantonio— y sus campañas han logrado ya fuerte eco en extensos sectores populares de los EE. UU. La tesis que John M. Coffee sostiene sin descanso es la de que Franco, pese a todas sus alternativas, es un aliado virtual del Eje y constituye un elemento de perturbación para América entera, sobre la cual opera a través de la organización falangista. "La democracia y la paz —repite en artículos y discursos— tienen un enemigo intolerable en el régimen franquista español. Solamente la República encaja en los principios de la Carta del Atlántico y sirve los intereses legítimos del pueblo español."

PASADO Y FUTURO

EL SEGURO SOCIAL

IV

El Seguro de Retiro tiene también extraordinaria importancia. Dice Beveridge: "la edad, como causa de incapacidad para ganar el sustento, en la etapa postrera de la vida, supera en importancia a todas las otras causas de incapacidad juntas. En los últimos años anteriores a la guerra, había aproximadamente en la Gran Bretaña doble número de personas en edad de jubilación, es decir, 65 años o más los hombres y 60 o más las mujeres, que el número de personas en edad de trabajar imposibilitadas de ganar el sustento por paro o por cualquiera otra clase de incapacidad. El importe de las pensiones de retiro, comparado con el resto de la seguridad social, aumentará inevitablemente a medida que aumente el número de personas en edad de jubilación, comparado con la cifra total de población".

La edad media del hombre aumenta vertiginosamente, gracias a los enormes adelantos de la Medicina, y el problema del retiro puede llegar a ser de difícil solución. Beveridge hace, fundándose en el "Movimiento probable de Población en la Gran Bretaña", del Director del Registro General, los siguientes pronósticos:

Año	Población total	De menos de 15 años %	De edad de trabajo %	De edad de retiro %
1901	36.999,946	32.5	61.3	6.2
1911	40.831,396	30.8	62.4	6.7
1921	42.769,196	27.9	64.2	7.8
1931	44.795,357	24.2	66.2	9.6
1941	46.565,000	20.6	67.5	12.0
1951	47.501,000	19.1	66.4	14.5
1961	47.192,000	17.9	65.1	17.0
1971	47.980,000	16.5	62.6	20.9

Hay que ver, de momento al menos, de reducir el Seguro de la Clase I de personas, que antes copiamos; y aun en ésta de ofrecer una prima de aumento a quienes, gozando de salud, retrasen su jubilación, o se avengan a desempeñar cargos sedentarios que el Seguro, de acuerdo con la Bolsa de Trabajo, pudiere ofrecerles.

Así Beveridge ofrece a "la persona que al cumplir dicha edad, aplace reclamar su pensión verá la suya aumentada proporcionalmente por cada año de aplazamiento. Se propone aquí que ese aumento sea de 2 chelines (unos dos pesos) a la semana la pensión conjunta (de matrimonio, cuando la esposa no gana jornal) y 1 chelín la individual, por cada año de aplazamiento, añadido al importe, cualquiera que éste sea, de la pensión básica de cada individuo, si ha cumplido la edad mínima de pensión dentro del año en que la solicita".

Las bases fundamentales del Plan Beveridge son:

I. El asegurado debe pagar, sin excepción, parte de sus cuotas. Así, el Seguro sale del área de la Beneficencia, para entrar en la del Derecho Social;

II. En general deben abonarse las primas, sin previa investigación de la necesidad. Discrepamos en algunos aspectos de esta conclusión, como ya quedó anotado, sólo como táctica para hacer más viable la implantación del Seguro;

III. Igualdad de primas a pagar y de subsidio a percibir, cualquiera que sea la capacidad económica del individuo. Esta norma es acertada, ya que trata de cubrir las necesidades mínimas. Pero el Seguro debe absorber a las Compañías particulares, y asegurar suplementariamente en todas las ramas a las personas o entidades que lo deseen. El beneficio que los seguros voluntarios reportarían, puede reforzar, y no poco, los ingresos del Seguro Social.

IV. Igualdad de primas para el seguro obligatorio, cualquiera que sea la edad, condiciones físicas, riesgos profesionales, continuidad de trabajo, etc., del individuo. Aquí se percibe claramente que no se plantea un negocio, ni una fría operación matemática; sino una orientación de justicia social, profundamente sentida.

V. "El Estado, con su fuerza de obligar a las sucesivas generaciones de ciudadanos a que se aseguren y con su facultad de imponer tributos, no necesita acumular reservas para asegurarse contra los riesgos, y de hecho jamás adoptó tal sistema".

VI. "Las consideraciones que se han tenido en cuenta para fijar las cuotas que se proponen para las varias clases de personas figuran en la Memoria del Actuario Gubernativo de Seguros. Sus puntos principales pueden resumirse en la siguiente forma:

1) las sumas de las cuotas de patrones y personas aseguradas de la Clase I proporcionará los dos tercios del subsidio de paro y las cinco sextas partes del costo de las pensiones de retiro, maternidad e incapacidad (con excepción de las que quedan cubiertas por el recargo industrial correspondiente), en el caso de que las inscripciones en el nuevo sistema se haga a los 16 años; el coste total de la asignación dotal y gastos de entierro; las cinco sextas partes del costo de otros subsidios, entre los cuales figuran los subsidios de viudedad y de tutela; y una cantidad para contribuir al coste de los servicios y de convalecencia. La división de las cuotas conjuntas de la Clase I entre personas aseguradas y sus patrones se explica . . .

2) Las cuotas de las personas aseguradas de las Clases II y IV, que no tienen patrono, proporcionarán los beneficios que se conceden a las Clases II y IV respectivamente en la misma proporción, con relación al coste total, que la que se indica en la Clase I para las cuotas conjuntas de las personas aseguradas y sus patronos.

3) Los patronos de las industrias clasificadas como peligrosas, además de su parte de cuota conjunta, pagarán un recargo industrial. Este recargo se destina a cubrir dos tercios del coste de los accidentes y enfermedades profesionales correspondientes a esa clase de industrias sobre el promedio de las restantes industrias, repartiéndose el tercio restante entre las cuotas de obreros y patronos de todas las industrias y la aportación de la Hacienda Pública.

4) De la cuota conjunta de la Clase I se destinarán diez chelinos a la semana por hombre adulto y ocho chelines por mujer adulta para servicios médicos y de convalecencia, incluso gastos de hospitalización, y se destinará una cantidad proporcionalmente menor por cada persona no adulta. Las personas aseguradas de las Clases II y IV contribuirán para estos servicios en proporción a las cuotas conjuntas de la Clase I.

5) La Hacienda pública proporcionará: un tercio del coste total del subsidio de paro; una sexta parte del importe de las pensiones y de la edad de dieciséis años, junto con el coste de incorporar a la gente de todas las edades, para los beneficios ordinarios, al tipo común de cuota; una sexta parte del coste de la inutilidad por accidente de trabajo no cubierto por el recargo industrial, y el coste total de las asignaciones infantiles y de la asistencia nacional.

6) La Hacienda nacional y las haciendas locales cubrirán el coste de los servicios médicos y de convalecencia con una ayuda del Fondo de Seguro Social equivalente a la parte de las cuotas destinadas a dichos servicios. La división de esta suma entre la aportación de la Hacienda nacional y las haciendas locales depende del estudio financiero y técnico de estos servicios que se propone en el apartado 437.

7) las reservas acumuladas disponibles para las pensiones existentes serán transferidas al Fondo de Seguro Social, e invertidas".

Justo CABALLERO

CRONICA DE PANAMA

"El falangismo español es un tumor maligno"

UN ARTICULO DE "LA ESTRELLA DE PANAMA" Y UNA CARTA DEL DOCTOR VAZQUEZ GAYOSO

En su edición del 11 de septiembre, el gran diario "La Estrella de Panamá" publicó un editorial altamente elogioso para la causa de la República española. Con ese motivo, el doctor Vázquez Gayoso, delegado de la Junta Española de Liberación en Panamá, envió al director del periódico la carta siguiente:

"Muy estimado señor y amigo: Acabo de leer el editorial que publica la sección inglesa de ese gran diario, en su edición del día de hoy y no puedo por menos que enviarle el testimonio de mi felicitación por el enfoque claro y preciso que hace de los problemas candentes de la hora, y, concretamente, del que atañe a España.

Es indudable que esta guerra brutal que descoyunta al mundo, es una guerra de ideas cuyos primeros cañonazos rompieron la calma del cielo español, cuando fué atacada a mansalva, en julio de 1936, la República que el pueblo, en ejercicio de su soberanía, se había dictado como forma de gobierno. Y fué el mismo cabecilla de la traición quien, en memorable discurso que debe ser fijado en todas las plazas de los paises liberales para recuerdo y exigencia de la oportuna responsabilidad, dijo lo siguiente:

"España seguirá la estructura de los "regímenes totalitarios, como Italia y "Alemania. Se revestirá de las formas "corporativas, para lo cual se encuentran "en nuestro país la mayor parte de las "fórmulas, y se acabará con las ins-"tituciones liberales que han envene-"nado al pueblo. Como en todo impe-"rio, se atenderá especialmente al prin-"cipio jerárquico. Se inspirará desde "luego, en las normas de Italia y Ale-"mania . . . No solamente consideramos "el régimen parlamentario democrático "impracticable en España, sino también "en otros países, como por ejemplo, "Inglaterra. Si este régimen durase, se-"ría la muerte del poderoso imperio".

He aquí el pensamiento franquista; el sentido totalitario del falangismo español que hoy hace cabriolas por boca del títere circense que funge como caudillo amparado en flamante guardia mora y aupado por las armas nazi-fascistas.

Bien dice usted: En las manifestaciones del espíritu, se quiere o no se quiere; democracia frente a nazismo, llámese del modo que sea. El falangismo español es el tumor maligno, el quiste que precisa estirpar si queremos evitar infecciones dañinas en el mundo del futuro. Ahora es tiempo para lograrlo sin más derramamientos de sangre, con sólo justicia. Más tarde, ni discursos engolados ni aplausos en las altas cámaras; la fuerza arrolladora de la razón hará saltar, hecho trizas, el tinglado sangriento que Franco, con sus sicarios españoles y extranjeros, forjó sobre montones de cadáveres de españoles dignos.

La América de signo español tiene la palabra en este debate. Como español y republicano le reitero mi felicitación por ese magnífico esbozo de la realidad de nuestro pleito.— Atentamente, Jesús Vázquez Gayoso.

HOMENAJE A LA INDEPENDENCIA DE MEXICO

Un significativo acto de homenaje a México en el 134 aniversario de la iniciación de la lucha por su independencia, se celebró en las audiciones Hora Cultural que, en la radio HP5J y HP6J, La Voz de Panamá, dirige Ramón D. Alence.

El Doctor Publio A. Vázquez, Vice-Presidente de la Corte Suprema de Justicia Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Interamericana y miembro del Instituto de Estudios Económicos de México, ocupó los micrófonos para ensalzar a México.

Un saludo, lleno de emoción que a todos los españoles leales embarga, fué dirigido a la nación hermana por el Presidente de la Sociedad Española de Beneficencia don Andrés Garrudo.

Ignacio Herrero, miembro destacado de Acción Republicana, leyó un sugestivo estudio histórico-geográfico-social sobre México, baluarte de la mártir República Española y hogar fraterno de los españoles desterrados, cabeza y faro de todos los pueblos de la América Hispana.

Por último cerró el acto el representante de la Junta Española de Liberación, Dr. Vázquez Gayoso quien hizo un canto a la fecha, "punto de partida de una nacionalidad republicana que lleva al pueblo azteca por la senda heróica de las grandes realizaciones en pro de la justicia." Recordó el contenido especialísimo de las luchas por la libertad que a través de la historia viene sosteniendo este pueblo: el entronque del Plan de Iguala con los demás acontecimiento que jalonan la lucha por su libre determinación bajo la "bravía explosión de ese u coraje característico que enerva el entusiasmo al conjuro de un canto, al olor de la pólvora, en el arrullo placentero de sus noches románticas, en el fragor encarnizado de la batalla emancipadora. . ." Espíritu de México patria de los españoles dignos lanzados a la emigración por la cobarde y criminal rebelión franquista, que vendió el suelo peninsular al totalitarismo bárbaro y agresor.

Terminó el acto, que fue amenizado con la interpretación de bellas obras de rico folklore mexicano, con el Himno Nacional, trasladándose enseguida los participantes en él a la Embajada, donde el señor Fenocchio ofreció una gran recepción al mundo oficial y diplomático.

DISCURSO DEL SR. FENOCCHIO

El Sr. Fenocchio pronunció un discurso en el que dijo, entre otras cosas:

Los días 15 y 16 de septiembre son para mi Patria las fechas de sus más importantes sucesos históricos; el 15 rememoramos el Grito de Dolores, chispa que encendió la hoguera de la libertad en tierras de la Nueva España, en el año de 1810; y el 16 festejamos el triunfo de las armas insurgentes en la entrada del ejército trigarante en la ciudad de México, once años después en 1821, capitaneado por el General Agustín de Iturbide.

En ese año dejamos de estar, no bajo el yugo como frecuentemente se califica a la dominación española, sino bajo su tutela: llegamos, como si dijéramos, a la mayor edad, y al igual que sucede en el seno de las familias, reclamamos nuestro derecho a una vida independiente, a una nacionalidad propia, a figurar en el concierto de las naciones en igualdad de condiciones con los demás Estados.

Se ha dicho que América es el Continente de la Libertad, y así es en efecto; pero presenciando la titánica lucha sostenida por el pueblo español republicano para no ser sometido a un régimen dictatorial, viene a mi mente la idea de que ese anhelo de libertad que se respira en este Hemisferio, ese amor a nuestra vida independiente, lo heredamos, junto con otros muchos dones, de la grande España, de nuestra Madre Patria. Por las venas de Hidalgo, Morelos, Allende, Aldama, Mina y tantos otros héroes de la Independencia de México, así como por las de los inmortales Bolívar, San Martín, Sucre, Martí, y muchos más, corría sangre de hidalgos españoles, aun cuando ellos fuesen atraídos por el reclamo de la tierra que los vió nacer.

México, después de haber logrado su vida independiente, se ha visto obligado a defenderla con las armas, rechazando invasores que han tratado inútilmente de someterlo, como una demostración firme de que no tolerará jamás nuevas intervenciones de potencias extranjeras en su territorio. Luchó también, tenazmente, y consiguió liberarse de la enorme influencia clerical, que representó para él, un tiempo, una nueva forma de dominación, y está luchando, no en campos de batalla sino laborando intensamente por lograr su total independencia económica".— CORRESPONSAL.

EVOCACIONES DE LA INFAMIA

ESTAMPAS DEL 18 DE JULIO

Por
G. ALVAREZ GALLEGO

RESURRECCION DEL PRONUNCIAMIENTO

El día 18 de julio de 1936, sorprendía al mundo la noticia de una grave rebelión militar en España. ¿Sorprendía, verdaderamente? No. España posee una histórica reputación de país de los "pronunciamientos" militares. Los hubo siempre, y por cualquier cosa. Unas veces, en sentido reaccionario. Otras, en dirección liberal. Muchas, ni siquiera por ninguno de ambos pretextos. No faltó el general que se sublevara simplemente por molestar a Isabel II o meramente envidioso de que un pastor de cabras que se llamaba Espartero, hubiese ascendido a Regente del Reino. El altercado castrense, apodado "pronunciamiento", tiñó, especialmente, el siglo XIX español, y fué tan crónica de escándalo para la exportación como cualquier pintoresca españolada de pandereta: el Santo Oficio de la Inquisición, los toros, los mendigos, o las bailarinas de navaja en la liga.

Los españoles de mi generación nos educamos en el desprecio a la escuela novecentista —escuela retórica y hecha de frases (la de Silvela "España sin pulso"; la de Costa "echemos siete llaves al sepulcro del Cid")—, aprendimos a despreciar lo nuestro. Es verdad que el XIX español es también un siglo con las ideas en ebullición, que gracias a Isaac Peral nos sitúa en el meridiano de la civilización mecánica —de la civilización "chauffeur", según el mote del Conde de Keyserling—, y merced al pistoletazo de Larra nos enclava en pleno paralelo romántico. Pero las glorias del XIX español están enervadas por los oprobios. El principal, ese lastre unitaroide de la Revolución Francesa, que nos legó un siglo administrativo y centralista. Toda España vivio sometida a la dictadura del Alcubilla. Floreció la planta parasitaria de una burocracia que subía o bajaba según la temperatura política, y que trocó las oficinas públicas en un mentidero de amigos del turno de Cánovas o del de Sagasta, y en un cementerio de colillas. Siglo del balduque, Siglo en el que Madrid, por la boba admiración de las provincias, se recrea en el narcisismo de su ombligo geográfico.

A España pudieron salvarla de la engolada, solemne y común oquedad del siglo XIX, dos hechos: uno, que el pueblo grabara, en bronce heroico, la epopeya de derrotar a Napoleón, Emperador de Europa; otro, que había adelantado España el régimen parlamentario, siquiera el tal no hubiera estado realmente vigente más que para aquel estamento privilegiado y doméstico al que Cánovas del Castillo conoció por el de las "familias parlamentarias". Mas un signo de infamante inferioridad no podía librarnos de la maldición histórica, sean cuales hubieren sido las glorias acumuladas por nuestro siglo XIX, de aquel hecho político por el que España acuñó, para que circulara por el mundo, como una moneda nacional, la vitanda palabra del "pronunciamiento". Y es que el Ejército era el único poder indiscutible, real y constitucional. No el Ejército popular, que España tuvo ya antes del 18 de julio: el ejército que apuntó en las "comunidades" y en las "germanías"; el que más tarde se improvisó frente a la invasión napoleónica; el Ejército que pintó Goya y cantó Galdós, sino el Ejército que, pues se sentía dueño y señor de los destinos de España, había tomado por hábito sublevarse de madrugada y siempre que un general cualquiera tuviese que desahogar un malhumor, salía haciendo ruido de los cuarteles. A la misma hora y por el mismo motivo los borrachos, enredados en la faja, solían salir también, armando bronca, de las tabernas.

Esa intromisión constante del Ejército en la vida pública española, era la que abochornaba a mi generación. En vano intentaron los mejor intencionados buscarle paliativos. Hasta hubo quien presumió en los cuartelazos un airón romántico, y quien los disculpó porque los supuso presididos por un penacho liberal. ¡Mentira! La lealtad a la Reina Gobernadora no fué más que pabellón que tapó la mercancía y, las más de las veces, el amor a la libertad terció de alcahueta. Cierto que existieron episodios que reclaman, al recordarlos, nuestro destocamiento emocionado. Pero si la cabeza de Porlier, mártir de la libertad, rodó un otoño gallego, alfombrado de hojas secas, por el cadalso compostelano, y sobre el cadáver de Rafael de Riego se colgó el verdugo, clerical y beodo, para alarear el berrido de ¡Viva la Santa Religión!", y la perilla romántica de Solís fué el blanco de los fusilamientos de Carral, los militares se alzaron, la mayor suma de veces, contra cuanto oliese a liberal.

El del 18 de julio de 1936, ha sido un "pronunciamiento" en su forma, aunque no en su fondo y etiología, arreglado a las características abominables de la cuartelada clásica. Diólo la espada de Mola, de Goded o de Franco, como hubiera podido propinarlo el espadón de Narváez, de O'Donnell o de Prim. Con una diferencia. Con la diferencia de que en 1936 la felonía de unos generales que se juraran defensores del régimen que el pueblo se dictara a sí mismo, no se topó con el grito de "¡Vivan las caenas!", ni con la indiferencia popular del último pronunciamiento: el que, en 1923, organizaron, confabulados en la apretada solidaridad de los delincuentes de Anual, el Borbón deportivo, absolutista y chulo y aquel Primo de Rivera —con todos los defectos, español— que se puso a gobernar a España con un criterio de casinista de Jerez. En el del 18 de julio el pueblo se puso en pie, dispuesto a impedir que continuara la Historia del siglo XIX. Frente a ese gesto popular, inmarchitable, un "pronunciamiento" clásico hubiera tenido el rasgo caballeresco de saber perder. ¡Jamás hubiera llamado en su auxilio al extranjero! ¿Cuándo Prim enredó en sus conjuras a ninguna de las naciones extrañas, por las que anduvo conspirando a solas? ¿No se negó siempre Espartero a que las potencias exteriores metieran baza en los asuntos de España por cruenta y larga que fuera la partida? Con un taco y un pasaporte, puso en la frontera Narváez al Embajador de Inglaterra, por permitirse oficiosidades que nadie le había demandado. Es decir, que los "pronunciamientos" españoles del XIX nos denigran por haber jugado con la Patria. ¡Pero el último, la ha vendido!

Por eso, ninguno tendrá que ruborizar tanto a nuestra generación y a las que nos sucedan.

PAISAJE DE VILLAVIEJA

Para mi salvación, zarandeada y dramática, de escondrijo en escondrijo, el 18 de julio de 1936 me sorprendió veraneando en Villavieja. Creo que lo observado por mí en aquellas vísperas y en aquel pueblo, puede servir de síndrome de la rebelión. He aquí por qué me permito, con detalle, recordarlo.

Como casi todos los años, aquel mes de julio sorprendió a Villavieja no más que en el almanaque. Hacía frío aún. Llovía. Sobre todo, llovía. La larga invernada de 1936 se estiraba hasta julio, como si los nueve meses de agua no hubiesen sido bastantes para parir un verano aceptable.

Villavieja daba otra vuelta de noria a su vivir presidido por la monotonía pueblerina. Deambulaban por las rúas las mocitas que aún esperaban que por allí había de venir el novio. La Registradora luciendo, en el callejeo reincidente, sus ancas poderosas de jamona bien formada. Campaneo de la iglesuca a todas las horas. Y la tertulia de la rebotica. En la tertulia de la rebotica se batían, sin embargo, este año temas distintos a aquellos que consistían en arrancarle la piel a medio pueblo para arrojársela al otro medio. Una madeja se devanaba especialmente, entre el zafio regodeo de los tertulianos: la exaltación de Azaña a la Presidencia de la República. Las Villaviejas de España —en España las Villaviejas reaccionarias eran incluso urbes heteroclíticas— no se resignaban a renunciar a que ya no hubiese Alcalás Zamoras desleales o entreguistas. Los que odiaban al régimen republicano, con todo su corazón, monarquizante y clericaloide, perdían la esperanza de conseguir por la falsía lo que no habían logrado por el dinero y la opinión, en las urnas.

En torno a Azaña era el coceo particularmente furioso. Pero tampoco la clase teocrática y el señoritismo, palurdo y ganapán, libraba de la difamación a los otros. Se volvía a peinar el tópico, deslustrado y calumnioso, del "enchufismo". Volvíase a los chismes ignaros acerca de las fabulosas mil pesetas que cobraban los diputados republicanos... ¡como si los que no lo eran hubieren renunciado a ellas! Y se convenía en que "no se podía vivir en España". Decepcionados de Gil Robles —"¡ese otro revolucionario!"— las gentes con psicología y mentalidad de la rebotica proclamaban que los únicos hombres de España eran Calvo Sotelo, el general Sanjurjo o el hijo de Primo de Rivera. Todo ello se concluía en el rol de farmacéutica de Villavieja, sin perjuicio de que el primogénito del boticario continuase siendo el Médico municipal y el padre cobrase, con cargo al Estado, sus potingues como si fueran buenos. Los otros animadores de la ofensiva contra el Régimen eran el Notario, funcionario de la República, y un teniente coronel que devengaba mil pesetas de retiro, sin duda para entretenerse en airear sus flatulencias oratorias contra quien se las pagaba.

Pero no solamente era el rol de la rebotica el que se despachaba de esta guisa en Villavieja. En el Bar de la esquina, y en la intimidad de la casa —por aquellos días visitadísima— del Juez, y alrededor de aquel capellán castrense, lindo como un abate y al que las señoras diputaban "tan simpático y tan listo", se batía ampliamente la conspiración como si fuera un alcohol frenético. El juez, y el capellán, que había venido a organizar, bajo la máscara de la Catequesis, la recluta fascista, también cobraban del Estado, y en cuanto al dueño del Bar —un sargento licenciado de la Guardia Civil— si era verdad que por la tarde hablaba mal de la República, por la noche secreteaba su fervor por el régimen al oído del "leader" local, a quien, de paso, le recomendaba a sus hijos para que entrasen a ordeñar el presupuesto republicano.

Las mañanas de los domingos, al salir de misa, las señoras villaviejanas se apretujaban en una larga cadena de brazos enganchados para contarse mejor sus chismes conspiradores. ¡Resultaba intolerable aquello! La República perseguía a la Religión sañudamente. Los crímenes de Madrid eran abominables. Las izquierdas habían robado las elecciones. Y luego aquel Portela, masón y canalla, con su peluquín de estopa del Renacimiento, que había entregado la República a Azaña, ese monstruo". Pero pronto terminaría todo. La Registradora aseguraba con una sonrisa que su marido tenía "noticias ciertas" y la del teniente coronel retirado insistía en que la salvación de la Patria vendría de los cuarteles.

Recuerdo que la mujer del abogado Del Río —la única persona que no chupaba en Villavieja del biberón estatal— discutió un domingo con las señoras de la Catequesis:

—No, hijas, no. Sois injustas. A nadie, a mí ni a vosotras, se persigue en sus prácticas religiosas. Acabamos de salir de misa, como todos los domingos, y de oír al predicador que, por cierto, continuó haciendo de sus pláticas verdaderos mitines políticos contra la República. ¿Robo electoral, decís-? Acordaros, niñas, de que vuestro imberbe estadista el niño de Primo de Rivera obtuvo poco más de dos mil votos en Madrid, población de millón y pico de habitantes, y en la que el candidato del "Frente Popular" que menos sufragios logró fueron setenta mil... ¡Ah, y vuestro "fuehrer" Calvo Sotelo, ahí está calentando un escaño, del que hace altavoz fascista gracias al acta que le regalaron los caciques monárquicos orensanos y el visto bueno del Gobernador de Portela, ese "masón y canalla", como decís, pero, además, derechista.

Entonces, la hija mayor del Recaudador de Contribuciones —suculento negocio delegado por el Estado— chilló, tan fuerte y desagradablemente como una gaviota:

—Aunque así fuera, ¿y esos crímenes de Madrid?

La señora Del Río se rió francamente.

—¿Crímenes? Supongo que te referirás, niña, a los que todos los días cometen los fascistas. Los atentados contra Jiménez de Asúa y Largo Caballero; el asesinato del capitán socialista Faraudo. Y no olvidemos la muerte por la espalda contra el magistrado Pedregal, que había cumplido con la Ley al redactar la sentencia, suavemente condenatoria, de los asesinos del agente Gispert, escolta de...

No le dejó terminar la señora del Juez, tan excitada que le temblaba el papo joven y abundoso y los pechos de anuncio de las "Pilules orientales".

—A ese magistrado —dijo, enfurecida— le estuvo bien empleado, ¡por atrevido!

Villavieja era así. Pero antes del 18 de julio, toda España era un poco Villavieja.

COMIENZA LA SALVACION

Y también estuve allí.

Desde hacía dos días las tropas de aquella guarnición de provincia permanecían acuarteladas. Era ya el 18 de julio... ¿Se sumaba al fin, a la rebelión el Regimiento de Artillería, destacado en la vieja ciudad? ¿No se sumaba? Por de pronto hacía cuarenta y ocho horas que permanecían acuarteladas las tropas. En todas partes, eso había sido la primera fase subversiva. Los acuartelamientos —que nadie había ordenado lícitamente— obedecían a la orden anticipada por los rebeldes, que así cuidaban tanto el instante de desembocar por la violencia frente al Poder legítimo, como de que no les diera a las tropas el aire de la calle...

La precaución de encerrarlos superó para con los soldados la doblez, el engaño con que traicionaron al Poder público. Cuando no se sabía que algo anormal estuviese ocurriendo, recibieron los soldados la orden extraña de permanecer en los cuarteles. ¿Qué pasaba? los jefes y los oficiales procuraban que por la tropa se escuchasen sus conversaciones. Unos enemigos, de los que hablaban vagamente y en aparencial voz baja, amenazaban con derrumbar, por la fuerza, el régimen republicano. ¿Qué enemigos amenazarían a la República? Ibanse preguntando entre sí los soldados acuartelados. No se adivinaba bien. Los diálogos entre la oficialidad se cortaban al llegar a este punto; pero un cabo extendió el rumor de haber escuchado al Capitán Ayudante que acaso se tratase de un motín de las derechas armadas en contra del Poder republicano y desesperadas por el reciente triunfo del "Frente Popular"...

Las tropas de la vieja guarnición no salían a proclamar el Bando de Guerra rebelde. En los cuarteles, los soldados se interrogaban, carentes de más información que aquella, indirecta y malévola, que sus jefes les proporcionaban como al desgaire. En la calle, el pueblo vigilaba impaciente, temeroso, avisado por su instinto de un peligro

—Hitler.—Cómo puedes decirme que podía haber sido peor...?

—Mussolini.—Figúrate que podía haber sido yo!

cierto, y pedía armas para defenderse en caso de producirse, efectivamente, la agresión militar.

¿Salían o no salían de su acuartelamiento las tropas de la vieja guarnición de provincia? El ánimo público estaba tenso y vibrante, como un bordón de guitarra. Las autoridades, sin comunicación, permanecían perplejas. Desde Madrid, el Gobierno aprovechaba la radio para dar cuenta del fracaso de la asonada militar; pero también hablaban por la radio los dirigentes obreros de la necesidad de revalidar con las armas el triunfo obtenido con los votos. Los militares se estaban alzando —gangoneaban los altavoces— contra el pueblo. Había que utilizar la huelga general y las armas que hubiese, aquellas de las que se pudiese disponer.

Todo era confusión en el capital de provincia, que habitualmente dormía en el silencio de sus plazas florecidas de una hierba melancólica. Por su parte, el Coronel de la plaza mantenía cordiales conversaciones telefónicas con el Gobernador. Podía tener la seguridad, el señor Gobernador, de que aquel regimiento, al menos, permanecía inalterablemente fiel a las instituciones republicanas. Se lo aseguraba, hasta con un trémulo de emoción en la voz que llegaba por el hilo, aquel coronel, catarroso crónico y padre de seis hijas casaderas. No dudaba el buen Gobernador. ¿Era lícito dudar? Los militares monopolizaban el concepto del honor. Más honor que ellos, nadie. En las primeras ordenanzas para el "régimen y servicio del Ejército", hechas publicar por Carlos III, se habla siempre al alma del honor, "fundamento —se dice allí— de la vida espiritual del Ejército".

Y cuando, víctimas de un doble engaño, las autoridades fueron sorprendidas con la salida de las tropas y los soldados, que habían creído encontrarse con Gil Robles vestido de general y los curas apuntándoles con sus fusiles, surgieron del cuartel gritando vivas a la República, les asombró no ver en la calle mas que un pueblo inerme, que alzaba, como única arma, los puños en alto y apretaba los dientes de rabia para llamarlos traidores. Dudaron, confusos. Pero ya el Capitán se adelantaba a leer el Bando de Guerra, concluído por un viva a la República. De pronto, volaron unas piedras. Un obrero del grupo que se apretaba en primer término, arrancó el Bando de la Pared. Frente al Ayuntamiento sonaron unos tiros. Y entonces, los oficiales dispararon sus pistolas. Fué el momento en que los soldados vieron claro. ¡Más, ya el engaño se había consumado y también ellos no eran otra cosa que prisioneros de las circunstancias!

Cuando se pregunta por qué las tropas obedecieron, sumisas, a unos jefes traidores, es que se ignoran muchas cosas. Se ignora que los oficiales reunieron en los patios, en formación de "en su lugar descanso" a los soldados, y, los que se sintieron oradores lograron expeler un discurso en el que hablaban de que los "tios" esos —en la jerga cuartelera el vocablo tiene una sinonimia polimorfa— se habían sublevado contra la República, y que era necesario que el Ejército, en nombre del pueblo, saliese a defender, con las armas, la voluntad de España. Se ignora que, contra esas armas, no hubo otras que oponer. Se ignora que, ya en la calle, los soldados que se hubiesen echado lógicamente en los brazos del pueblo por un hecho de psicología colectiva, explicado en la fenomenología de las riñas tumulturias, se vieron cercados, convertidos, en enemigos, vitoreados y maldecidos en el espacio de unos minutos.

Al darse cuenta exacta ya habían dejado exánimes a unos hombres sobre las losas —hombres de su mismo origen, de su propia carne, de igual dolor— y unos grandes manchones de sangre en la acera. En las paredes, el Bando de Guerra seguía desorientándolos con aquel "¡Viva la República!" compuesto en grandes caracteres.

Todo ocurriera ya. ¡La salvación de España había comenzado!

EL BANQUETE DE ARANDA

Galicia había sucumbido. Por las calles de casi todas sus poblaciones montaban la guardia los soldados. Aparecían a la entrada y en las salidas de las carreteras, en las oficinas públicas, tomando militarmente Correos y Telégrafos. En muchos sitios, pese a la sorpresa, pese a la superioridad armamental, pese a las traiciones en cadena, se resistía aún. Tuy, por ejemplo, permanecía absolutamente pacífico en poder de las autoridades republicanas. En Lavadores, un aleñado vigués, se luchaba con escopetas de caza contra las ametralladoras y los aeroplanos del Polígono Janer, en posesión de los sublevados. La Guardia Civil permanecía, hipócritamente, a la expectativa. Con barricadas de tierra y los adoquines de la calle removidos, provistos, más que de nada, de rabia, los hombres y las mujeres morían, frente a un enemigo equipado y profesional. Y hubieran resistido muchos más días si no hubiera sido por la defección súbita, la más vil de todas, de la Guardia Civil. La Guardia Civil se sumó a la rebelión con su artería de siempre: paso lento y mala intención. No disparó sobre el pueblo hasta que lo vió en completa derrota. Cuando el pueblo huía del Ejército, la Guardia Civil, a retaguardia, desde el atrincheramiento de sus Casas-cuarteles, se ponía a hacer cómodos blancos sobre los que corrían. La Guardia Civil que, según decían sus jefes —a un teniente coronel lo tuve yo a mi lado, hasta diez minutos antes de la rebelión, mintiendo lealtad a las instituciones legítimas— la Guardia Civil "que no se sublevaba nunca", fué, en cuanto los militares triunfaron abiertamente, el verdugo mayor del pueblo gallego. A su cargo quedó la trágica cosecha de pupilas bizcas, al borde de las carreteras geórgicas, en los nocturnos calofriantes.

Habían comenzado las detenciones. No en número excesivo y aún con carácter meramente gubernativo. En Galicia no se había fusilado más —¡después se fusiló a sesenta mil— que al Gobernador de La Coruña, Pérez Carballo, un hombre joven, inteligente, Letrado del Congreso, que fué mi amigo. Era la primera víctima del infinito martirologio que se preparaba ya, sin que hubiera podido sospecharse su vesania. ¡Si se hubiera sospechado! ¡Cuántos pudieron ponerse a salvo de la prisión, de la muerte alevosa, del fusilamiento en la ficción del Consejo de Guerra, del asesinato a la media noche, en los caminos aldeanos!

Dícese que de Madrid, momentos antes de que las comunicaciones fueran cortadas, vino la orden de no asaltar los cuarteles.

—¡Quietos! —había dicho el teléfono oficial—. Mientras se limiten a permanecer acuartelados, ¡quietos! En cuanto se sepa que van a salir a la calle, armar al pueblo.

El sistema fué una tremenda equivocación y contra él se pronunció la iniciativa de muchos. El mismo Madrid lo rectificó después. Era lo único que cabía hacer con esperanzas de eficacia: asaltar los cuarteles. De todas suertes, siempre se confiaba en que, una vez en la calle, las tropas se unirían al pueblo. Yo mismo tuve en mi poder una nota escrita a lápiz, desde el cuartel, por persona de confianza, en que se aseguraba esto. ¿Fué otra traición, en la ringlera interminable de ellas?

Galicia había caído. Por las calles pasaban a caballo los oficiales, sin poder disimular su preocupación. No se sabía bien lo ocurrido en el resto de España. Todavía no se apoderaban los militares de los periódicos para hacerlos publicar bajo su dictado. Un silencio expectante y rencoroso se hacía hondo y largo sobre las poblaciones. Los republicanos poseían la seguridad de que, al no triunfar unánimemente el golpe por sorpresa, no triunfaría ya. Por eso esperaban, sin huir, candorosamente preparados para evitar que, en cuanto fracasase en el resto de España la cuartelada, el pueblo, en santa represalia, acogotase a aquellos señoritos de gorra de plano y un látigo diminuto que pasaban a caballo dándose infatuados golpes sobre los leguis.

Todavía el golpe era exclusivamente militar. No había aparecido el falangismo, planta que floreció tan copiosa como cobardemente en días, en horas, cuando se creyó asegurado el triunfo rebelde. Los elementos de más reaccionaria tradición permanecían encerrados en un silencio cauto, y había muchos que no se recataban en tachar, benévolamente, de "locura" aquella "aventura" militar. Recuerdo perfectamente que la primera manifestación de adhesión a la "nueva España", estaba compuesta por una docena de personas que iban dando unos gritos desmayados por las calles.

Del único sitio, por proximidad geográfica, de que había concretas noticias era de Asturias. Asturias, por traición doblada y perversa de Aranda, el Coronel que a todas horas levantaba el puño, mantenía el espíritu de actuar en el epigastrio ovetense. Aranda, hombre de confianza total de las autoridades republicanas, había pedido a los mineros que escogiesen sus dos mil hombres mejor equipados para que corriesen a Madrid, en peligro. ¡De Asturias, que no se preocuparán! Allí estaba él, para defender a la República contra todos los sublevados de España!

Se organizó el tren. Salieron los dos mil hombres concienzudamente escogidos, seleccionados, los mejores. ¡Antes de llegar a León, caían en la emboscada que Aranda les tenía tendida! Los facciosos, ya dueños de León, los esperaban para ametrallarlos a mansalva. ¡Ni uno sólo salió con vida del vagón!

Cuando confirmó la noticia, el coronel Aranda hizo pegar en las paredes de Oviedo el Bando de guerra faccioso. Y la hazaña le valió el ascenso. Se lo anunció por teléfono una voz que lo felicitaba, cohibiendo la risa:

—¡Bien, general, bien! ¡Porque ya eres general. Ahora, a evitar que esas hordas asalten Oviedo. ¡Resiste! Enviamos refuerzos. Galicia, por la enorme superioridad militar, ha caído casi totalmente. Mola va sobre Madrid. Queipo se ha impuesto en Sevilla. Creo que Goded habrá dominado a estas horas a Barcelona. Sólo nos falta Madrid.

Y la voz concluyó:

—Bien, general Aranda. Te has dado un banquete de dos mil cubiertos! ¡Que aproveche! ¡Viva España!

Un Comentario del "Daily Herald"

VICTORIA SOBRE LOS "CHAPUCEROS"

LONDRES, Septiembre 25.— Haciendo la advertencia de que no pretende inmiscurse para nada en la política de los Estados Unidos, el "Daily Herald", órgano del Partido Laborista, alaba el primer discurso pronunciado por el Presidente Roosevelt en la campaña presidencial.

El "Daily Herald", en su editorial, reproduce la aserción hecha por el primer mandatario de los Estados Unidos en el sentido de que "las conversaciones y faenas en pro de la paz de hace veinticinco años fueron hechas por una administración republicana."

El "Herald" pregunta "¿Son éstas, acaso, las palabras de un mero aspirante a la elección?" Y continúa: "Son algo más. Mucho más. Entrañan una apelación al pueblo norteamericano para que evite los errores y los crímenes de hace veinticinco años. "Significan un intento para matar y sepultar para siempre toda política de aislamiento, y éste intento debe reflejarse no sólo en los Estados Unidos, sino también en la Gran Bretaña. ¿Vamos, acaso, a olvidar el pasado al elegir a nuestros gobernantes para el futuro? Así lo quisieran algunos. En muchos sectores se exige que no haya recriminaciones, y siempre que se alude a los errores del intervalo entre ambas guerras, se lanzan fútiles acusaciones de partidarismo. El Presidente Roosevelt adopta un punto de vista distinto. No es ello sorprendente. Si no estamos dispuestos a aprender las lecciones del pasado, no merecemos un futuro mejor.

"El Presidente norteamericano, franca y abiertamente, arroja la culpabilidad sobre los "chapuceros". No opta él por la fácil complacencia de quienes de todo culpan a Hitler y a sus secuaces. Sabe que el fracaso en el mantenimiento de la paz se debió, en parte, al fracaso experimentado en la formación de un organismo mundial. Y no desea que escapen los saboteadores del internacionalismo. Su estrategia entraña una lección para nosotros. También nosotros tenemos nuestros saboteadores y nuestros "chapuceros"... Gente que ha dado las espaldas a Europa y ha sofocado las esperanzas en pro de un internacionalismo verdadero."

"Pero no es éste el único significado de las palabras del Presidente Roosevelt. Contienen algo más que consejos en el arte de la sabiduría electoral. En numerosas personas se ha convertido en hábito el condenar a ciegas la política del Presidente Wilson. Indudablemente cometió numerosas equivocaciones. Es evidente que no podemos estar satisfechos con la estructura que propuso. Sin embargo, en su idealismo, en su valiente afirmación de los principios democráticos, hubo más esperanzas para la humanidad que en el realismo sórdido al que se nos invita a recurrir. Wilson, el internacionalista, no fué "chapucero". Ese título lo reserva el Presidente para los nacionalistas de criterio estrecho que persisten en no ver la senda hacia un mundo mejor".

"Lo mismo ocurre en nuestra propia tierra. Quienes durante largos años lucharon por establecer una seguridad colectiva eficaz no son los "chapuceros". Ese título debemos reservarlo para los hombres que jamás desearon que la Liga de Naciones funcionara en realidad y para quienes prefirieron entrar en componendas con Laval, Franco, Mussolini y Hitler; para nuestros partidarios del aislamiento y de pactos a lo Munich. Ellos fueron nuestros "chapuceros".

"Queremos que la nueva paz se concierte sobre principios diferentes. Para que ese objetivo se logre es preciso que excluyamos una gran parte de los consejos y la influencia de los "chapuceros" que figuraron en el último tratado de paz. Sobre todo, debemos reconocer que precisan medidas positivas a la vez que medidas negativas. El militarismo alemán debe ser destruído y no debe permitirse que jamás resurja nuevamente. Pero este objetivo, y la seguridad de que no surgirán militarismos de otra índole para amenazar la paz de las naciones, dependerá de la imaginación con que quienes concierten la paz estén dispuestos a construir un fuerte organismo internacional que aspire al ideal de la emancipación de la miseria y, al mismo tiempo, a la emancipación del terror. Nuestros ejércitos están logrando una gran victoria sobre los nazis. Pero aquí, en nuestra casa, debemos lograr también una victoria aplastante sobre los "chapuceros".—CORRESPONSAL.

En el Centro Republicano Español

HOMENAJE A DON ALVARO DE ALBORNOZ

El sjbado pasado, un numeroso grupo de amigos y correligionarios de don Alvaro de Albornoz se reunieron en una comida de homenaje organizada por el Centro Republicano Español para celebrar el éxito de la jira que, por encargo de la Junta Española de Liberación, realizó recientemente don Alvaro de Albornoz por diversos países de América.

Con don Alvaro de Albornoz se sentaron en la mesa presidencial los miembros de la Junta Española de Liberación y directivos del Centro Republicano Español.

Entre las adhesiones recibidas se leyeron, muy expresivas, de don Diego Martínez Barrio, Miguel Santaló, Fernando Valera y el doctor Fraile.

Inició los discursos Antonio Robles con la lectura feliz de unos versos de puro estilo suyo, cargados de humorismo y agudeza. Le siguió, compitiendo un buen humor, el doctor José Torre Blanco y luego Carlos Esplá. Habló después don Indalecio Prieto, que alternando lo frívolo con lo trascendental, puso de relieve la personalidad política y humana del señor Albornoz. El señor Gordón Ordás recordó la vieja y entrañable amistad que le ha unido y une a don Alvaro, símbolo de austeridad republicana. Don Pedro Bosch Gimpera expresó el cariño que los catalanes sienten por el señor Albornoz, amigo leal de Cataluña Finalmente, don Alvaro agradeció el homenaje y las palabras de afecto que se le tributaron con un discurso sencillo y cordial, que fué aplaudido calurosamente.

La nota sensacional e inesperada de la comida la proporcionó don Félix Gordón Ordás al informar a los reunidos de que, según dos cartas recibidas por él de Londres, un enviado de Moscú se había trasladado a la capital inglesa para entrevistarse con el duque de Alba, representante de Franco en Inglaterra. Las entrevistas celebradas, según la noticia, han sido tres, al cabo de las cuales el delegado soviético fué huésped del duque de Alba en la residencia de éste.

ESPAÑA ADENTRO

Aristocracia, clase media y pueblo

Es un tópico que en España no hubo feudalismo. Entre los trabajos consagrados últimamente a esta materia sobresale uno brillantísimo de mi ilustre homónimo Claudio-Sánchez-Albornoz. Se debe, según este eminente profesor, uno de nuestros primeros medioevalistas, que no hubiera habido en España feudalismo a la manera de otros países europeos a nuestra lucha de cerca de ocho siglos con los moros, lo que permitió a la Monarquía una obra de nivelación democrática que hizo imposible el florecimiento de una aristocracia como la inglesa o la francesa. Del rey abajo, no hubo en España más verdaderos príncipes que los de la Iglesia, una de las más ricas y poderosas del mundo; todavía a fines del siglo XVIII sólo podían compararse en riqueza y en poder con los arzobispados de Toledo, Zaragoza, Sevilla y Santiago algunos principados eclesiásticos alemanes. La nobleza española dista mucho de haber representado el gran papel histórico que la mayoría de las aristocracias europeas. Si hay algún prócer turbulento que osa levantar la cabeza, ésta rueda por el cadalso, como la de Don Alvaro de Luna. "El orgullo en la horca" de don Rodrigo Calderón, el famoso marqués de Siete Iglesias, no es sino una muestra insolente de la impotencia de una aristocracia siempre en peligro de ser decapitada. Los nobles que deponen a Enrique IV en la grotesca parodia de Avila son unos intrigantes más que unos rebeldes. Lo que hace fracasar a las Comunidades y lleva al patíbulo a sus caudillos es la traición de la nobleza. La aristocracia española no da a la monarquía un solo gran ministro; sólo cortesanos y favoritos como el Duque de Lerma y el conde-duque de Olivares. Cuando brilla al lado o en ausencia del rey un gran estadista, no ostenta una corona, sino una cogulla como la de Cisneros. Y grandes capitanes del rango de un Turena o un Condé sólo produjo la nobleza española uno, Gonzalo de Córdoba. Don Juan de Austria no era un noble español, sino un bastardo de Carlos V. Los grandes ministros de Carlos III, iniciadores de la revolución española, son en su mayoría hombres de la clase media que el rey ennoblece con títulos aristocráticos: el más grande de todos, Campomanes, procedía de la fecunda solera popular asturiana. Cuando la guerra de la Independencia estalla la aristocracia española, sin una sola gran figura, es incapaz de ponerse al frente del movimiento nacional; los nobles de aquel tiempo o son afrancesados o serviles criados del rey. A lo largo del siglo XIX, salvo algunos nobles ocios literarios como los del insigne Duque de Rivas, sólo fiestas y saraos, en los palacios de España o en las Embajadas del extranjero, en que son dilapidados los restos de las grandes fortunas. La insolente e inútil aristocracia española sufre la humillación de ver cómo son otorgados títulos y grandezas a los generales de las guerras civiles y a negociantes y a rentistas como Salamanca, Sevillano y aquel Figueroa padre del actual Conde de Romanones. Algunos próceres sienten el rubor de una aristocracia que es sólo un gran parásito social y se van con el pueblo. Así aquel turbulento conde de las Navas, republicano de 1840, y así el marqués de Santa Marta, amigo y correligionario de Pí y Margall.

Todavía es más deplorable y resultó más funesta a España la falta de una clase media que hubiera podido ponerse al frente del movimiento democrático. La España fabulosamente rica de Estrabón y cuya leyenda se prolonga hasta los trabajos del Instituto Geográfico y Estadístico en los días que siguen al 98 no es, aparte los vergeles y oasis del litoral, sino una sucesión casi ininterrumpida de páramos y calveros, con desiertos de miles de kilómetros cuadrados, la España miserable y descarnada que describen los embajadores venecianos. Entre las fantásticas maravillas de la geografía de Don Alfonso el Sabio y las trágicas informaciones de Don Lucas Mallada desfilan dramas innumerables, pueblos arruinados, insurrecciones y motines del hambre, emigraciones en masa, nobles sin patrimonio que llevan a empeñar sus espadas inútiles a las armerías, hidalgos de gotera que desprecian el comercio como cosa vil, y una plebe que reparte su tiempo entre la sopa conventual y las fiestas religiosas o paganas. Ruralismo y pobreza impiden que se formen en España las burguesías a que se debe el progreso civil en Inglaterra, en Francia, en Holanda, y que dieron a Italia su espléndida Edad Media y su glorioso Renacimiento. En vez de ferias, peregrinaciones; y en vez de lonjas y casas de construcción, conventos y santuarios. Cuando se extiende por Europa, con el ruido de sus máquinas, la revolución económica que va a transformar las condiciones de vida en el mundo entero, España se sacude apenas en su modorra feudal. Mientras los hombres de Cádiz trazan en el papel una España nueva, el pueblo, conducido por sus frailes, pide a gritos el restablecimiento de la Inquisición. En vano la culta, pero minúscula, burguesía gaditana intenta la revolución de 1820, uno de los movimientos más esperanzadores de Europa. Mesonero Romanos describe admirablemente la indiferencia, la inercia, el sueño letárgico de aquella sociedad española. Y el fracaso se repite en 1840, en 1854, en 1868, en 1873. Mientras en Europa las clases medias, cuyo esfuerzo revolucionario reconoce el propio Proudhon, se adueñan de los parlamentos y dirigen los gobiernos, en España siguen dominando los caciques feudales. Sin actividad económica, sin industria, sin comercio— todavía ahora Cataluña, Vizcaya y Asturias son países eminentemente rurales— España sucumbe bajo el peso enorme del latifundio. Latifundio, monocultivo y monopolio del poder por los poseedores de la tierra. Y el alma española es, como el estéril suelo de la desolada meseta, un alma de secano.

Bajo este régimen no hay en España pueblo, sino plebe. La plebe del Zocodover toledano, del Mentidero de los Felipes, de la Puerta del Sol, compendio y resumen de todos los zocos de España. El comentario va desde las guerras de Flandes hasta el último desastre de Marruecos. Siempre pendientes de la tizona que se esgrime en las lejanas tierras o se blande contra la propia. Las catedrales se yerguen en las plazas provincianas. Por entre los muros conventuales se contemplan girones de cielo azul. Las lagartijas se calientan al sol. Una luz cegadora refulge sobre las ruinas calcinadas. Relojes de sol, relojes de arena impasibles ante el tiempo, y los caballeros esculpidos en los sepulcros de mármol. Coronas y mitras, báculos y espadas, trofeos pomposos en las opulentas capillas y místicos amuletos en los humildes rincones silenciosos. Una gloria que abruma, la gloria de la España eterna.

Pero no hay más letargo absoluto que el de la muerte y los pueblos se resisten a morir. Unos rapazuelos bulliciosos vocean en las calles toledanas —calle de los dos Codos, calle del Hombre de Palo— los periódicos de Madrid. En Madrid hay huelga. Y la hay también en Barcelona, en Bilbao, en Gijón. Es el movimiento obrero incipiente, la plebe que se convierte en pueblo, y el pueblo que reclama su derecho a la vida, a la libertad económica, a la justicia. Es la nueva realidad, a la que forzosamente tienen que convertir sus ojos y sus oídos cuantos pueden ver y oír. No es la España eterna, abrumadora de gloria, pero es la España de mañana, llena de esperanzas. Es lo único joven en una tierra cargada de vejez. Si España quiere salvarse de veras no tiene más recurso, más instrumento que ese: el trabajo de las nuevas generaciones, optimista y alegre, limpio de orín y de moho, sin cansancio y sin remordimiento, como en los días del Génesis.

ALVARO DE ALBORNOZ

VALIJA *indiscreta*

MAURRAS O LA CONTRADICCION

Telegramas de Francia anuncian que los patriotas franceses han detenido a Charles Maurras. Se acusa al conocido escritor monárquico de haber sido uno de los más descarados y entusiastas colaboracionistas franceses y como tal lo van a juzgar, olvidando, acaso, que el mayor delito de Maurras en su larga vida de escritor ha sido el de ser un pelmazo. Como traidor a Francia, Maurras merece, sin duda, una pena severa, pero como pelmazo su caso parece todavía más grave. Durante más de medio siglo Maurras ha estado escribiendo cuatro o cinco columnas diarias de prosa amazacotada, compacta, plumbea, convirtiendo el idioma francés en hormigón armado y lanzándolo despiadadamente a la cabeza de sus lectores. No creo que en la literatura francesa se haya dado nunca otro caso igual.

Maurras dirigía al alimón con Léon Daudet, "L'Action Francaise", diario monárquico de París. Daudet escribía en ese periódico un artículo de columna y media cada día, que se publicaba como fondo, y que era una maravilla de truculencia, sátira, ingenio, violencia, desvergüenza, agilidad periodística y maestría en la invectiva, la injuria y la ferocidad. Daudet procedía en línea directa de los grandes panfletistas franceses y escribía como un energúmeno genial, pasando de los insultos maravillosos al papa o a Briand a las deliciosas descripciones de un buen plato provenzal o de cualquiera otro prodigio culinario. Daudet era Gargantúa dedicado a escribir artículos de fondo. Su espíritu, su formación eran auténticamente franceses, y profesaba un odio racial a los germanos. Se decía católico, pero se había divorciado y vuelto a casar. Se decía monárquico, pero era un demagogo que necesitaba para vivir un régimen de libertad que fuese, precisamente, la negación de sus principios monárquicos absolutistas. Cuando Francia fué traicionada y vencida, Daudet dejó de escribir y se refugió en la Costa Azul, donde murió, probablemente de hambre, pues era imposible que un tragón como él se contentase con la comida racionada, y quizá, también, envenenado por su propia iracundia, a la que ya no podía dar salida. A Daudet lo mataron, sin duda, los insultos que no podía escribir, y que se le enconaron dentro.

Detrás del artículo de Daudet, publicaba "L'Action Francaise" las cuatro o cinco columnas diarias de mampostería maurrasiana, dedicadas a la especulación doctrinal, la polémica feroz y el sablazo a las viejas "douairières". El sistema polémico de Maurras era el del berbiquí, y siempre le daba vueltas a la misma idea —o a la misma difamación—, con una tenacidad desesperante, que acababa por taladrar al adversario.

Maurras está completamente sordo y vive aislado del mundo exterior. Su prosa es una prosa de sordo integral. Maurras no es un epicúreo como Daudet, sino una especie de asceta gruñón. Yo lo he visto a veces comer en alguna modesta "gargote" del Barrio Latino, sin fijarse en el plato que le servían, llevándose mecánicamente el tenedor hacia sus barbas sucias y devorando con la vista periódicos y revistas, apoyados en el vaso y el jarro de agua, en busca de temas para su cemento polémico.

El berrinche más grande que se llevaron los dos paladines monárquicos fué cuando murió el duque de Orleans, pretendiente al trono de Francia, y no les dejó en el testamento ni un céntimo para "L'Action Francaise", que todos los días pedía dinero a los monárquicos y recogía así varios millones al año. Como Daudet y Maurras no podían vivir sin pretendiente, obligaron al duque de Guisa a que reivindicase sus derechos al trono de Francia y marchase al destierro, jugando esta mala partida a aquel buen señor, pacífico burgués parisiense que distraía sus ratos de ocio tocando en su casa el tambor. ¡Pomporrom-pom-pom!

El momento más sublime de "L'Action Francaise" fué cuando la excomulgó el papa Pío XI, y Daudet y Maurras se dedicaron a insultar al Sumo Pontífice llamándole "boche", embaucador de beatas y chupacirios A monseñor Pacelli, el papa actual, que era entonces nuncio en Alemania, le decían que estaba vendido a Stresemann y a la Alemania judeomasónica-militarista. Por aquellos días, "L'Action Francaise" recordaba los mejores tiempos de "El Motín".

Toda la vida de Maurras ha sido una pura contradicción. Siendo provenzal, es decir, latino y mediterráneo por los cuatro costados, su estilo periodístico es pesadamente germánico. Siendo sordo, tuvo que hacer en su discurso de recepción en la Academia el elogio de la elocuencia, el arte sonoro de su antecesor, Henri Robert. Cuando fué académico y sus admiradores le regalaron un espadín, que si para algo sirve es para pinchar a alguien, Maurras se negó a batirse con un periodista a quien había injuriado, y, olvidando su flamante arma académica, contestó al reto: "Si quiere batirse conmigo, que emplee la pluma". Siendo francés —y creyéndose patriota— armó ideológicamente con su doctrina totalitaria, militarista, nacionalista y racista a los enemigos de su patria, que acabaron por humillarla poniendo en práctica las mismas ideas maurrasianas. Habiendo combatido durante casi toda su vida a los "boches", acaba a su servicio y termina yendo a la cárcel cuando los "boches", al fin, son expulsados de su patria. Siendo, con la pluma en la mano, un pelmazo, ha gozado fama de gran escritor francés, cuando, en realidad, su prosa germánica es la negación de lo francés.

¿Qué van a hacer ahora con él los patriotas franceses que lo han detenido? Creo que lo primero que debían hacer es afeitarlo, mondarle sus barbas sucias, que conservan fideos de antes de la primera guerra mundial, y después negarle pluma y papel, para que no pueda escribir ya más, librando de este modo a la humanidad doliente de las latas que este viejo cascarrabias ha venido dándole todos los días, desde hace medio siglo, en sus cuatro o cinco columnas cotidianas de prosa plúmbea, monolítica, teutónica y devastadora. EL VALIJERO.

CRONICA DE CHILE

Al paso de una superchería

MANIFIESTO DE LOS PARTIDOS REPUBLICANOS

Las representaciones de los partidos políticos democráticos españoles han dirigido a la opinión pública el manifiesto siguiente:

Los grupos democráticos españoles, ante la celebración de la Convención Nacional de Ayuda a la lucha del Pueblo Español y a su Junta Suprema, hacen las siguientes declaraciones:

Si la Convención fuera de ayuda a la República Española, con la finalidad de procurar su restauración, los grupos políticos y sindicales firmantes no sólo se hubieran adherido a ella sino que hubieran trabajado con todas sus fuerzas y con el máximo de intensidad a fin de obtener los más halagüeños resultados en pro de nuestra Patria. Pero como quiera que la Convención ha sido desviada en forma equívoca de su verdadera finalidad para convertirla en partidista exclusiva de los comunistas españoles y de sus designios políticos, nos encontramos en el deber inexcusable de repudiarla, aunque agradezcamos a los elementos chilenos que se preocupan en favor de nuestra España, sus actividades que redundan en beneficio del reconocimiento de la República Española. Las firmas que respaldan el manifiesto que anuncia la Convención son solamente la de los representantes del Partido Comunista de España y las de sus simpatizantes.

Nosotros representamos en Chile a todos los partidos políticos democráticos españoles, con excepción del Comunista (si es que puede ser considerado este Partido como democrático), que dentro de las Cortes Republicanas Españolas constituyeron el bloque mayoritario base del Gobierno. A fin de dar a estas palabras mayor firmeza exponemos unas cifras conocidas e indiscutibles. El Parlamento Español estaba constituido por 473 diputados, de los cuales las fuerzas democráticas: Partidos Republicanos, Socialistas, Catalanes y Vascos, tenían 261 representantes. Los partidos que en su día apoyaron a Franco contaban con 139 diputados, los Partidos del Centro tenían 57 representantes y por último queda para el Partido Comunista la cifra de 16 diputados, y, no obstante estas contundentes cifras, los comunistas españoles se consideran líderes y representantes exclusivos del pueblo español.

Las fuerzas democráticas que representamos en Chile tenían en el Parlamento el 55 por ciento de los diputados, mientras que los Comunistas sólo alcanzan el 3,5 por ciento. Estos datos matemáticos son de tal naturaleza que nos relevan de hacer más comentarios sobre el particular.

Los representantes de los Partidos democráticos españoles, ya sea en nuestra patria, según noticias llegadas de la península, ya en el exilio, en cualquier ciudad donde haya refugiados, han llegado, siguiendo el mandato de bases políticas, a constituir una verdadera unión republicana en muchos casos plasmada en Organismos Máximos, fundamento para la reconquista de España y restauración de la legalidad republicana existente en 1936, como principio para que el pueblo español por su propia determinación se de el régimen que considere pertinente, sin ingerencias extrañas.

Es el Partido Comunista, campeón de la unidad, según sus escritos y consignas, el que precisamente se encuentra fuera de la unión de la familia republicana, y mantiene una actitud que la hace imposible, pues su finalidad no es otra que la absorción por él de las demás agrupaciones políticas para imponerlas sus consignas que reciben de elementos no españoles.

No solamente, el Partido Comunista Español, se mantiene aparte de la familia republicana, sino que la llena de ataques, muchas veces injuriosos, y crea un confusionismo tal que hace que algunos elementos democráticos nos miren a los españoles con recelo y algunas veces hasta con disgusto.

Fiel ejemplo de esta actitud es la creación de la fantasmagórica Junta Suprema, formada, según ellos, por los republicanos, socialistas, comunistas, catalanes, vascos, organizaciones sindicales y grupos católicos. No se atrevieron a poner en el Manifiesto, como ya lo han hecho en otras publicaciones, que también tienen cabida en ese fantasma los franquistas arrepentidos, y los monárquicos, no dicen si arrepentidos o no.

La falsedad de la existencia de esta Junta la demuestra el que todos los partidos firmantes, todos con estrechos contactos con sus elementos en España no tengan la más mínima noticia de su existencia, sino, antes al contrario, informaciones de la Península que niegan su verosimilitud, habiéndolo hecho público, así, hace algún tiempo, los representantes de los Partidos vascos. Estamos en condiciones de poder negar en forma total y rotunda la existencia de la Junta Suprema, producto exclusivo de la imaginación comunista, que al encontrarse frente a la realidad de la unión de los demás republicanos españoles, y ante el peligro de perder su supuesta hegemonía en los asuntos de España, y ante el peligro, aún más grave, de no poder efectuar más colectas en favor de nuestro pueblo creó esa entelequia de la Junta Suprema.

Habla el Manifiesto de la lucha que libra el pueblo español en contra del usurpador Franco, dando a entender que el movimiento guerrillero existe en España gracias a ese fantasma, atribuyéndose por ende los comunistas la paternidad exclusiva de las gloriosas guerrillas españolas. La realidad es algo muy distinto, puesto que la lucha que existe en las montañas y en diversas partes de España en contra de Franco está vivida casi íntegramente por republicanos, socialistas y miembros de las centrales sindicales.

Es necesario hacer resaltar, como ya en otra ocasión, 25 de abril de 1944, lo hicimos, que la democracia española residente en Chile no autoriza en modo alguno peticiones económicas en favor del pueblo español, ya que el producto de las mismas, por las circunstancias del momento, es muy dudoso que lleguen a España.

No más colectas en favor del pueblo español, lo que en su lugar solicitamos de todos los elementos democráticos chilenos es un apoyo moral que cristalice en el reconocimiento por los gobiernos americanos de la República Española, como único régimen legal y posible en España.

República como único régimen posible en España, que lo oigan bien, pero muy bien, los comunistas españoles, y aquellos elementos que los apoyan, pues desde hace algún tiempo en todos los documentos comunistas se escamotea esa palabra sacrosanta para todos los republicanos que luchamos en España. No podemos creer que semejante olvido sea involuntario, al ser reiterado en varios documentos, sino que es, o parece ser, completamente intencional, máxime cuando dicen constante y públicamente que tienen un pacto de unión con monárquicos, tradicionalistas y franquistas arrepentidos. (¡Buenos defensores de la República y la Democracia!) y ahondan cada día más los motivos de desunión con los partidos democráticos republicanos, socialista y centrales sindicales, que han sido siempre, son aún y serán eternamente los fieles puntales de la República Española, por cuyo restablecimiento luchan.

Santiago de Chile, 5 de septiembre de 1944. Por ACCION REPUBLICANA ESPAÑOLA: Rafael Alarcón y José Caparrós. Por el PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL: Felipe Parcha y J. Olmedo. Por ESQUERRA REPUBLICANA DE CATALUNYA: Lluis Brú Jardí y Carles Durán. Por la UNION GENERAL DE TRABAJADORES: Juan Antonio Torbellino. Por ACCIO CATALANA: Joan Manresa. Por la JUVENTUD SOCIALISTA ESPAÑOLA: Luis Fernández Magan. Por la sección española de la LIGA DE DEFENSA DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE: Francisco Resurrección Chaves.

LA CREACION DE COMITES PARLAMENTARIOS PRO REPUBLICA ESPAÑOLA

La carta de don Vicente Sol que dió lugar a la creación del Comité Parlamentario Pro República Española, recientemente constituído en Santiago, dice así:

Santiago, 25 de agosto de 1944

Distinguido señor y amigo:

Esta Junta Española de Liberación, integrada por los cinco partidos democráticos más importantes de España, ha podido comprobar cuán denso es en Chile, como en todos los demás países de América, el movimiento de opinión favorable a la reivindicación del régimen democrático que libremente se dió España y que nos fué arrebatado mediante decisivo auxilio extranjero a quienes dentro del territorio patrio se levantaron en armas contra la legalidad republicana.

Ese movimiento crece constantemente y no sólo abarca a masas populares cuya calurosísima adhesión a los republicanos españoles fué notoria durante nuestra cruenta lucha, sino que comprende también a muchos elementos oficiales. Las vendas han caído ya de todos los ojos. El efecto de la propaganda ambustera que conjuntamente realizaron en América el falangismo, el nazismo y el fascismo se ha extinguido. Los equívocos han terminado. El tiempo transcurrido y, sobre todo, los terribles acontecimientos que sobrecogen al mundo, sirvieron para desvanecer el pernicioso ambiente formado en torno nuestro con tantas y tan monstruosas mentiras. Las verdades que nosotros proclamábamos entre un frío silencio dominante en las altas cumbres gubernativas, destácanse ahora con meridiana claridad al quedar el horizonte despejado de brumas. Nadie ignora que España fué objeto de una agresión alevosa producida en el interior por fuerzas irreconciliablemente enemigas de la libertad y ayudada desde el exterior por déspotas que ansiaban dominar al mundo, imponiéndole sus regímenes de tiranía. En la carne viva de España experimentaron Hitler y Mussolini el sistema de guerra totalitaria, haciéndola brincar trágicamente desde los campos de batalla hasta las ciudades de retaguardia donde, para mayor amplitud del terror, buscaban víctimas entre la población civil con bombardeos ciegos que destruían viviendas, hospitales y orfanatos, entre cuyas ruinas restos ensangrentados de mujeres indefensas, ancianos desvalidos y niños inocentes constituían triste testimonio de tremendo salvajismo. Cuantas espantosas crueldades se registran en la presente guerra mundial tuvieron despiadado prólogo en España. La conciencia universal, aunque con terrible tardanza, lo ha reconocido así, acabando por comprender que Italia y Alemania aprovecharon la contienda española para tantear el espíritu pusilánime de grandes democracias, cuya cobarde insolidaridad midieron bien para asestar impunemente sus golpes sobre Austria y Checoeslovaquia y acometer luego ventajosamente a Polonia. El triunfo que las grandes democracias pudieron obtener entonces sólo con un gesto gallardo de legítimo apoyo a la República española, se vislumbra ahora, pero al cabo de cinco años de pelea en la que millones de muertos cifran una hecatombe colosal como jamás viera otra la Humanidad...

Sí, la victoria está cerca. Esa victoria planteará de nuevo internacionalmente el caso de España si no surgiera antes por incontenible estallido de rebeldía dentro de España misma. Los países de América, hermanos de idioma y de raza, serán nuestros valedores ante el mundo. Fiamos en su solidaridad. Conviene, pues, que vaya preparándose esa defensa fraternal que puede constituir suceso histórico de enorme trascendencia.

Considerando que a los gobiernos de los países americanos les embarazan de momento ciertas rigideces impuestas por compromisos diplomáticos, creemos que los trabajos previos encaminados a preparar la acción de América en favor, no de supremacía de nuestra Junta, o de otra, sino en favor de la República Española, podrían realizarla con mayor flexibilidad Comités integrados por parlamentarios tan entusiastas de nuestra Causa como es Ud., y cuya misión consistiría en aprovechar cuantas oportunidades se presentaran en el Senado en pro de que se garantice al pueblo español la libre expresión de su voluntad, tan violentamente aherrojada hoy por un régimen totalitario que aspira a subsistir aún después de derrocados los que desde Italia y Alemania le dieron vida. Esta iniciativa de constituir Comités parlamentarios pro República Española, ya se ha puesto en marcha en todos los Parlamentos de América y en breve, nos será grato comunicarle el nombre de los parlamentarios que los integran en los demás países.

Esperanzados con contar con su aprobación a nuestra propuesta, nos permitimos la libertad de anunciarle nuestra visita y de comunicarle que esta misma petición elevamos a sus compañeros, los señores Fidel Estay, Florencio Durán y Guillermo Azócar.

Aprovecha la ocasión para ofrecerse de Ud. muy agradecido, S. S.—*Vicente Sol*".—CORRESPONSAL.

Pratt en el Sacremento *Bee.*

"REPUBLICA"

Ha empezado a publicarse el periódico "República", órgano de la Junta Española de Liberación en Chile. El primer número, que acabamos de recibir, es merecedor de todos los encomios, por su presentación y por su contenido. Aparte numerosos comentarios y noticias, inserta trabajos de Ossorio y Gallardo, Serra Moret, Suárez Picallo, A. Latcham, Lezama, Baráibar y otros. En su artículo editorial "República" dice:

"REPUBLICA es el órgano de una Junta de partidos y de hombres solventes y conocidos, con su acervo de aciertos y de errores, con sus limpias ejecutorias y también con sus responsabilidades que desean afrontar, pero no puede dar cabida a quienes de manera indudable no acaten rendida y fervorosamente el régimen democrático que nos arrebatara la traición de dentro y de fuera de España, quienes no defiendan la forma republicana en la cual y bajo cuyo amparo generoso e ilimitado se pueden y se deben lograr las más audaces conquistas políticas, sociales y económicas; no pueden estar a nuestro costado, so pena de ser traicioneramente asesinados, quienes nos odian, a título de arrepentidos, ni so color de discutible patriotismo."

La Junta Española de Liberación ha felicitado a don Vicente Sol, delegado de la Junta en Chile, con la siguiente carta:

Querido amigo:

Hemos recibido un ejemplar del número 1 de "República". Es un periódico verdaderamente espléndido. Felicitamos a usted, alma de la empresa, y a cuantos en ésta participen, por tan ambicioso empeño, y hacemos votos porque, cuando menos, pueda mantenerse hasta que el régimen republicano español sea restaurado, el órgano periodístico de ustedes, para lo cual serán necesarios, además del entusiasmo con que su publicación ha sido iniciada, recursos económicos en cuantía considerable, que es de esperar aporten los españoles demócratas ahí residentes.

Pasamos el ejemplar recibido al director de "España" para que salude desde las columnas de nuestro semanario al hermano que le ha salido en Chile.

Muy afectuosamente le saludan,
Por la Junta Española de Liberación,
DIEGO MARTINEZ BARRIO, *Presidente.*— INDALECIO PRIETO, *Secretario.*

Nuestro saludo cordialísimo al periódico fraternal.

EL PULSO DE LOS TIEMPOS

La venganza de los republicanos españoles

Cuando la vanguardia de tanques del Ejército francés del general Leclerc penetró en París, para ayudar a las Fuerzas Francesas del Interior y a sus aliados, en la obra de la liberación, algunos de esos tanques hacían flamear al viento de la victoria, entre la multitud de banderas francesas, otra bandera tricolor: la de la España republicana.

Un fascista rezagado, pero protegido por la inmunidad diplomática, el representante de Franco en París, protestó por la presencia de esa bandera, ante las autoridades de la Liberación.

Ambos sucesos resultan harto significativos.

UN ACTO DE PRESENCIA

Que entre los tanquistas de Leclerc figuren antiguos combatientes republicanos españoles, y que en la hora del triunfo no olviden que lo son, sino hagan presencia de la República en los colores de su bandera, tiene el sentido de un testimonio, y una reivindicación.

Es un recordatorio al mundo, particularmente a los aliados, de un hecho que podrá pasarse por alto pero no borrarse de la historia: los primeros que se batieron contra Hitler y Mussolini, fueron los españoles republicanos. La República Española fué, antes que Austria y Checoeslovaquia, víctima de la agresión fascista y de la política ciega del apaciguamiento. Y puesto que la liberación de París era símbolo de una victoria inminente y del amanecer de un día democrático para el mundo, nada más justo que la presencia, en vanguardia, de la España del destierro y de la libertad.

NO SOLO UN SIMBOLO

El flamear de la bandera republicana en París no es sólo un símbolo. Es la expresión de una realidad que no ha salido a flor en los comunicados oficiales de los aliados, pero que algún día se conocerá con plenitud: la brillante participación de los republicanos españoles en las batallas por la libertad bajo las banderas de Francia e Inglaterra.

Cuando empezó la guerra, millares de republicanos se alistaron en los ejércitos de Francia. Hombro con hombro, pelearon al lado de franceses, británicos, belgas y polacos, en la desesperada defensa de los frentes septentrionales, que culminó en la evacuación de Dunquerque. Antes habían estado en Noruega y participado en la brillante, aunque pasajera victoria de Narvik.

Al derrumbarse, como la suya de España, la República Francesa, y quedar Francia en poder de los nazis, los españoles republicanos que no lograron salir, se sumaron a las fuerzas secretas de resistencia. Hicieron suya la causa de Francia liberada. Engrosaron las filas de los *maquis*. A ellos se debió en buena parte la rapidez con que las "fuerzas de la maleza" se apoderaron de las ciudades clave del sur y de la frontera franco-española, e impidieron que nazis y colaboracionistas fueran a refugiarse en brazos de su amigo Franco.

En el exterior, bajo el pendón de la Francia combatiente, hubo equipos españoles en la campaña de Libia y Noráfrica, luego en Sicilia e Italia, más tarde en Normandía y en la Costa Azul. Los tanquistas españoles de Leclerc no son sino parte de un numeroso contingente en que la República oficialmente asesinada por el fascismo, vive y lucha con tenaz voluntad de supervivencia y de libertad. Y si, a diferencia de lo que se permite a otros contingentes de exiliados, no se ha dejado por absurdos de política, que los españoles se organicen y luchen bajo su propia bandera, los tanquistas republicanos que entraron en París desplegaron las suyas al aire, para que el mundo sepa y para que el mundo no olvide: a pesar de los fascistas y a pesar de los aliados, la República Española pasa lista de presente, resurrecta en el pecho de sus leales, en la lucha por la libertad.

UNA HERMOSA REPRESALIA

Los combatientes republicanos han devuelto, además, a Francia, en sangre, heroísmo y sacrificio, bien por mal. A los republicanos españoles Francia les negó no sólo ayuda cuando luchaban, como ahora se ha visto, por una causa común, sino una hospitalidad decorosa cuando se vieron obligados al éxodo. Entonces les recibió como si fueran perros rabiosos, echándolos a las arenas de playas inclementes —¡Argelés-sur-Mer!— y rodeándolos de alambradas y de senegaleses grandes y feroces como negros mastines. Añadió humillaciones a un éxodo que ya era suficiente dolor.

Cierto, aquella era la Francia de los convenios de Munich, corroída ya por la quinta columna. Cierto, hubo nobles voces francesas que reclamaron más generosidad para con los desterrados, labios franceses que tuvieron para ellos palabras de simpatía y aliento, manos francesas que se tendieron en su ayuda. Pero la Francia oficial, que había dejado de ser la de la *Fraternité*, y que pronto dejaría de ser la de la *Liberté*, quería propiciar a los dioses fascistas de la guerra en la persona de quienes se habían atrevido, los primeros, a desafiar sus iras.

Sin embargo, olvidando agravios, a la hora del peligro, los republicanos españoles se lanzaron a defender a Francia, y ahora, reconciliados bajo los pendones de la Francia combatiente, han contribuído a su liberación. Esta ha sido su magnífica represalia. ¿Por qué no han de tener derecho a que el viento de la victoria haga ondear su bandera?

PROTESTA DIPLOMATICA

Pero el representante de Franco protestó; agravio diplomático.

Su alarma fué desproporcionada, porque después de todo no fueron los comandantes aliados, sino unos tanquistas españoles en particular, quienes izaron las banderas de la República. Pero esa alarma es reveladora. Es síntoma que denuncia la nerviosidad que padecen los franquistas, al ver a sus protectores nazis en el seguro declive de la derrota. Es que esas banderas de los tanquistas españoles de Leclerc anuncian que tras la liberación de Francia tiene que venir la de España, sin que puedan evitarlo tardíos y simulados arrepentimientos del régimen pro nazi del generalísimo.

PEDRO GRINGOIRE

(De *"Excelsior"*).

CRONICA DE PARAGUAY

MARGARITA XIRGU, EN ASUNCION

Un verdadero acontecimiento artístico ha significado en Asunción, capital de Paraguay la visita de la Compañía de la ilustre actriz Margarita Xirgu, que ha hecho una admirable campaña en el Teatro Municipal a base de las obras de García Lorca, no representadas hasta ahora aquí. El anuncio de que la gran actriz, especialmente invitada por don José Marcos, empresario del Teatro Municipal, vendría a Paraguay suscitó en los medios intelectuales un vivísimo interés, reflejado en los trabajos periodísticos con que fué acogido. La figura literaria de García Lorca pasó al primer plano de la actualidad. Los críticos más autorizados han examinado y elogiado su obra teatral y poética. Varios poetas paraguayos le han dedicado composiciones a su memoria. En términos rotundos se ha condenado el crimen de su asesinato, símbolo de la barbarie falangista. El día de la llegada de Margarita Xirgu, cuya personalidad también ha sido fervorosamente exaltada, "El País", que es el más importante de los diarios de Asunción, dedicó su número extraordinario del sábado al poeta granadino. Las emisoras de radio se ocuparon igualmente del suceso en sus transmisiones.

Para recibir a Margarita Xirgu y sus acompañantes, se congregaron varias de legaciones de intelectuales y artistas paraguayos, entidades españolas, etc. Desde la Argentina, a donde se había trasladado expresamente para ello, les acompañaba don José Marcos, delegado de la Junta Española de Liberación en Paraguay.

HOMENAJES EN EL CENTRE CATALA

Los artistas nacionales le ofrecieron a Margarita Xirgu un homenaje en el Centre Catalá, donde se congregó lo más destacado de la intelectualidad y del arte paraguayos en unión de numerosísimas personalidades españolas. Margarita Xirgu improvisó un discurso en el que hizo un canto a la libertad. Sus conceptos fueron recogidos por todos los diarios de la capital, y "El Paraguayo", que tiene carácter oficial, publicó un gran artículo glosando el discurso y diciendo que Margarita Xirgu había sabido dar una lección de arte y otra de sentimiento político. "Pensamiento Español", que agrupa a los republicanos españoles de diversas tendencias, y el Centre Catalá le ofrecieron un banquete cuyos comensales llenaban por entero los salones del Centre, no obstante haber tenido que limitar el número de tarjetas. Hablaron don Guillermo Sequera, secretario del Centre, que hizo el ofrecimiento, y don José Marcos. Este último hizo notar que, gracias a la democracia republicana, entre los catalanes y el resto de los españoles se había creado una fraternidad que nunca se había observado en Asunción. Recogiendo las palabras del Sr. Marcos, Margarita Xirgu dijo, en catalán, "que ya no ofendía a un castellano el que hablasen delante de él en catalán, ni a un catalán que se hable castellano, si se hace en un ambiente de libertad". El acto ha sido el más importante de cuantos se han celebrado en Paraguay en lo que va del año. La admirable Margarita Xirgu ha tenido ocasión de comprobar, una vez más, cuánto es el cariño que se le tiene entre los republicanos, por su arte exquisito y por su devoción a la libertad.

SOLIDARIDAD FRANCO-ESPAÑOLA

Con motivo de la liberación de Francia se ha puesto nuevamente de manifiesto la solidaridad existente entre los franceses libres y los republicanos españoles, solidaridad que el 14 de julio pasado tuvo pública expresión en la comida conmemorativa celebrada por los franceses libres, a la que fué especialmente invitado don José Marcos. En esa comida, don José Marcos, hablando en nombre de la Junta —a la que se le tributó una gran ovación al ser citada— se refirió a la paz futura, afirmando que no podrá haberla sin que el pueblo español encuentre el camino de su libertad y su derecho sea restaurado. Abogó por la Unión Latina, garantía de la paz de Europa. El acto fué muy útil, porque muchas personas desconocían la existencia de la Junta Española de Liberación y desde entonces prestan mayor atención al movimiento republicano, que despierta fervientes simpatías. Al recibirse la noticia de la liberación de París, don José Marcos hizo llegar a la representación de los franceses libres su felicitación en nombre de la Junta y suyo propio.—CORRESPONSAL.

Botones de muestra

Los procedimientos falangistas en América

De la gran revista "Tiempo", correspondiente a su número de 29 del corriente, reproducimos la siguiente curiosa información:

Durante las últimas semanas, los miembros más prominentes de la antigua colonia española de México han tenido oportunidad de enterarse, por medio del cinematógrafo de las actividades falangistas que tienen por teatro a la Península. Al efecto se han organizado en domicilios particulares, varias exhibiciones privadas de películas rodadas en la España de Franco una de las cuales, quizá la más celebrada, ha sido *La Marcha de la Victoria*, en la que se ve al ejército falangista desfilando ante el *caudillo*.

Por otro lado, el empresario taurino Antonio Algara, a su regreso de España, trajo consigo algunos *cortos* que luego se han incluído en el Noticiero Mexicano EMA. En general, las películas españolas cuya exhibición patrocina la casa *Haste* se refieren a toros y toreros, pero más de una vez el público contempla a los funcionarios franquistas haciendo, un tanto ridículos, el saludo que inauguró Mussolini.

Lo incluído por el Noticiero EMA carecería de importancia de no coincidir con las exhibiciones privadas, y otras públicas que se realizan fuera de la ley. Un ejemplo de lo 20. —parte indudable de la campaña de propaganda falangista— ocurrió en el cine *Avenida*, el pasado domingo, 17.

Los hechos. En tal salón y en tal fecha fué exhibida una película, *Pamplona en Fiesta*, que contiene las siguientes escenas:

Una placa, en honor a los soldados franquistas de Navarra, que dice: "...a los valientes que colaboraron con el *Caudillo* Franco para eliminar el comunismo de España".

El Gral. Ramón García Valiño, uno de los jefes de la División *Azul*, "entre el bullicio —explica el narrador— de los mozos que tantas veces fueron con él al combate" (Contra la URSS, país aliado de México).

La Feria de San Fermín, en Pamplona: robustos navarros cantando, bailando *jotas* y emborrachándose. El locutor comenta: "Aquí vemos la auténtica armonía social".

Final de una corrida de toros: una banda ejecuta el himno falangista y buena parte del público, puesto en pie, hace el saludo fascista.

Don Gregorio Castillo, Jefe del Depto. de Supervisión Cinematográfica de la Sría. de Gobernación, inició al recibir algunas denuncias sobre el asunto, minuciosas investigaciones. Después de algunas llamadas telefónicas, de consultar los archivos y de ver, por sí mismo, la película franquista, puso en claro:

El *corto* fué producido y dirigido por Miguel Mezquiriz, español, que actualmente se encuentra en Madrid como representante de casas distribuidoras de películas mexicanas.

En México, *Pamplona en Fiesta* está siendo distribuída por CLASA *Films*, bajo el No. 4174, que corresponde a otra película y por lo tanto es falso.

El número de supervisión correcto es 2836, que en la documentación respectiva aparece con fecha 18 de marzo de 1943, día que no se trabajó en la Sría. de Gobernación.

Uno de los supervisores —según pudo averiguarse extraoficialmente— fué Don Alberto Murphy, septuagenario porfirista, yerno del famoso Don Olegario Molina.

Cuando Don Gregorio Castillo hizo proyectar —en la reducida sala de la Sría. de Gobernación— la tendenciosa película, no pudo contener las siguientes exclamaciones, a medida que aparecían las escenas antes descritas: "¡Qué brutos!, ¡Cómo pasó esto!", "Señálenme eso —gritó a los operadores—, junto con lo del comunismo, para cortarlo...". No tuvo, empero, oportunidad de ver otras escenas, que el operador del cine *Avenida*, sustituyendo al censor por órdenes de su sindicato, había cortado previamente. Las órdenes que por teléfono le dió su agrupación, fueron terminantes: "Si le llega otro *corto* de esos, quémelo".

RECUERDOS

LUNPI

Por el invierno de 1935 aún los tenía yo a los dos.

¡Que feliz era entonces!

Recuerdo que una espléndida mañana de febrero, de esas en que el sol, luminoso y ardiente, suele visitar a Madrid, en la esquina de la calle del Marqués de Urquijo y Mendizábal, me decía el poeta Rafael Alberti, mesándose la rubia perilla:

—Tiene toda la cara de un viejo bolchevique ruso.

Se refería a mi perrita *Melita*, magnífico ejemplar de un cruce audaz hecho por unos titiriteros turcos que yo conocí por razón de afinidad de ideas sociales.

Simpatizamos en el aspecto personal, y esta simpatía ellos la sellaron regalándome una cría canina que más tarde se hizo una perra exótica del color de la mies de trigo, ojos de profunda expresión humana, y de aquel rostro que tanto le admiraba a mi amigo Alberti.

Si yo me he sentido alguna vez orgulloso en mi vida ha sido cuando me paseaba por el Parque del Oeste con mi Melita y con el otro...

¡El otro!

¿Qué habrá sido de él?

Melita, sí, murió asesinada por un guarda del Parque del Oeste; fué enterrada al pie de un pino centenario, del mismo parque, y yo le hice una sentida crónica necrológica en el periódico "La Voz."

¡Pero el otro...!

A él va precisamente esta crónica.

Nació en un suntuoso palacio madrileño de un prócer castellano.

El duque...

No quiero ser indiscreto... pues fué robado, el cachorro, por el capellán del noble en una madrugada de misa de gallo.

El capellán no me lo dió a mí; se lo regaló a su amante, y ésta no pudo resistir al capricho que me arrancó aquella cría canina, y el mismo día de la proclamación de la República me lo puso en las manos, diciéndome:

—Te lo regalo; te servirá de mascota. Le diré al cura que se me ha perdido.

Este no era cruzado, como la *Melita*. Era un *Bassé* de pura sangre, largo, negro y sedoso, como la mata de pelo de una huertana de Murcia.

Sí, era un *Bassé* seleccionado, un perrito de esos que en Madrid les llaman "tranvías", y que aquí en México les dicen "salchichas".

Afirmo, jugándome la vida, que no había otro tan puro, de su raza, en todos los Continentes.

Yo he visto alguna vez en revistas extranjeras caricaturas del tirano nazista seguido de un "tranvía" de estos. Seguramente es que Hitler tenía alguno de estos canes, como joya simbólica de la sangre teutona.

Pues bien; mi *Lunpi* era un emperador para el plebeyo perro que pudiera tener Hitler.

Para haberle copiado fielmente a su arquetipo, Franco debería ir seguido de un noble mastín de las sierras andaluzas.

Pero Franco es tan negativamente español que en vez de ir acompañado de un racial perro ibero va siempre custodiado de un marroquí.

Más... a mi *Lunpi*, que es el que merece, en estos momentos, todo mi pensamiento.

Cuando se quedó viudo estuve por haberle cambiado el nombre por el de Romeo: ¡tal pasión amorosa demostró por *Melita!*

Este acontecimiento fúnebre tuvo lugar en vísperas de la guerra que nos tiene en el exilio a los republicanos españoles.

Y mi *Lunpi* me acompañó en toda la tragedia bélica: unos meses en la provincia de Murcia, después en Valencia, y los dos últimos años en Barcelona.

¿Cómo podría yo dar idea de la sensibilidad de este animalito?

¡Intuía hasta un límite inverosímil!

¡A los aviones!...

¡Los aviones!

Antes, mucho antes de que las sirenas de la ciudad condal lanzasen sus lúgubres serpientes de silbido sobre los tejados de la martirizada urbe, anunciando los bombardeos alevosos de los criminales que acudían a asesinarnos, ya estaba él abrazado a mi hija, llorando.

Porque no ladraba como sus congéneres en los cortijos: ¡lloraba!

Sabía que estábamos tan indefensos que nada podíamos hacer contra aquellos buitres del nazifascismo internacional.

Y es que siempre tenía su hocico por el espacio venteando a los aviones nacifascistas, como los pachones por los trigales a las codornices.

Si yo contara casos de sensibilidad de mi *Lunpi* en Barcelona necesitaría escribir un libro.

Sólo diré que me dió pruebas de tanto prodigio que guardo su recuerdo en mi corazón, no ya con amor, sino con avaricia.

Si alguna vez retornáramos a España victoriosos, cuando algún compatriota de los que han estado en el exilio me pregunte en la calle de Alcalá:

—Qué ¿está usted ya contento?

Yo le contestaré:

—Sí, pero me falta mi *Lunpi*.

Sí, porque a *Lunpi* lo habrán fusilado en Perpiñán los soldados de Hitler.

¡Era tan "rojo"!

El 27 de febrero de 1939 pisó suelo francés: fué el día que cruzamos la frontera.

Y la pasó sin ningún requisito legal.

Pasó por delante de las aduanas y de los gendarmes, sólo, como el más desamparado de los perros vagabundos, y como el más audaz contrabandista.

Fué una faena que admiraron cuantos compañeros de infortunio nos acompañaban.

¿Esa escena dramática de nuestro camino de la Junquera al Perthus?

¡Está ya tan descrita!

Una noche en el Perthus.

A la mañana siguiente a Perpiñán.

¡Perpiñán!

¿Para qué se quiere el dinero?

¡Para gastarlo!

¿No?

¿Quién ha dicho que para guardarlo?

¡Para gastarlo digo yo!

¿En qué?

¡En darle satisfacción al corazón!

¡Y qué pena cuando no se tiene y el corazón queda vencido, en su afán, por una cantidad de francos!

Cuando el corazón se dilata y se constriñe, en un palpitar de dolor, por el vacío de aquellos amores que sólo son patrimonio del mundo espiritual, en el que el valor material no tiene existencia, el ser humano se retuerce en terrible angustia metafísica, llegando en su inmensidad de martirio hasta el éxtasis, que purifica.

Mas cuando la entraña del sentimiento se ve robada por el apache dinero, se requema en un fuego de odio contra la organización social que hace eje de su rotación a la moneda, que lo compra todo.

¡Tal es la chispa que mueve a las masas proletarias contra la injusticia social capitalista!

¡Tal fué la amargura que mordió mi pensamiento toda la noche de mi viaje de Perpiñán a Lyon!

Por falta de unos francos me vi obligado a dejar a mi *Lunpi* en la Sociedad Protectora de Animales de Perpiñán, para no volverlo a ver más.

¡También por falta de armas de fuego, que es en la vida humana cosa similar al dinero, perdimos nuestra España!

Y como las masas proletarias contra la injusticia capitalista y como yo en el tren de Lyon sin mi fiel y querido *Lunpi*, vivimos en el exilio los republicanos españoles con el odio encendido contra los que pusieron en las manos de Franco las armas para vencernos.

¡Odio que será el Fénix de nuestra victoria!

JOAQUIN ARDERIUS

Nuestra retaguardia está ahora segura.

EFECTOS

Un minuto de silencio

Un grupo de buenos amigos celebraba una comida cordial. Ciento cincuenta compañeros de exilio, todos unidos por una misma comunión de ideas, tenía frente a cada uno su botella de vino, que fué engrasando el paso escalonado de los manjares: la sopa alimenticia, buenos y sabrosos filetes de pescado en salsa verde, una hermosa pieza de carne mechada...

La euforia reinaba en el banquete, en rededor de una simbólica figura del republicanismo, del talento y de la honradez: Don Alvaro.

Nada faltaba; libertad, entusiasmos, humor y buenos alimentos eran las características del acto.

Los discursos, pues, eran adecuados: la socarronería y la broma, la expresión libre, las ideas fervorosas... Y naturalmente, ¿que cosa podía enturbiar los aplausos? Nada. Por manera que a cada orador le llovían, luego de frecuentes interrupciones por la carcajada general o las palmas, una lluvia de ovaciones que iban encendiendo el salón.

Tocóle esta vez a Gordón Ordás dar la noticia funesta: la aproximación, el enlace del elegante duque que desciende —según malas lenguas— de la "Maja desnuda", y de un agente del "Majo vestido"— vestido con chaqueta cerrada al cuello, y buena pipa y buenos bigotes.

Y aquel optimismo, seguramente a prueba de "robots", se deshizo como mañanita de sol que se cubre por un nubarrón... Y surgió —con pérdida de aplausos para el orador, que había tenido en los otros pasajes tantos párrafos de gran emoción cordial, —surgió decimos, el minuto de silencio, el verdadero, el auténtico; no el oficial con miras al reloj de pulsera, sino el del tiempo sin límites y emoción sin artificio: el silencio aplanador.

Ante la costumbre de que estos minutos sean personificados en alguien de nuestro más hondo y triste respeto ¿cómo no adivinar para quién fué este?... ¿No surgieron en nuestro pecho y nuestro pensamiento los españoles de España —los nuestros— a los que faltaban en aquel momento las abundancias de libertad, alegría y mesa que nosotros disfrutábamos, y a los que aquella noticia tremenda venía a dar vuelta a la llave en los grillos de su esclavitud?...—R.

HOMENAJE

Julián Besteiro

Al cumplirse el cuarto aniversario de la muerte del ilustre ex presidente de las Cortes españolas, don Julián Besteiro, la Juventud Socialista organizó una velada, celebrada el día 27 en el Centro Republicano Español, en la que debieron intervenir los señores Manuel Albar, secretario del Partido Socialista, y el batallador Diputado mexicano Carlos A. Madrazo. No pudo hacerlo más que el primero, por haber tenido que marchar urgentemente el Lic. Madrazo a las regiones afectadas por las recientes inundaciones.

Al acto asistió una nutridísima concurrencia y constituyó un emocionado recuerdo a la memoria de don Julián Besteiro, figura señera del socialismo y de la democracia españoles.

Un artículo del "New York Post"

FRANCO Y SUS COMPLICES

En su edición del martes pasado, el "New York Post", que apoya al Presidente Franklin Roosevelt en la campaña presidencial, publicó un extenso artículo bajo el título de "Dulles luchó por obtener diez millones de dólares para Franco", firmado por Víctor Riesel.

El articulista refiere que John Foster Dulles, consejero de Dewey, el candidato del Partido Republicano, figuró como representante del Banco de España dependiente "del gobierno fascista de Franco", en una reclamación judicial para recobrar diez millones de dólares que había invertido el gobierno republicano español en una operación de compra.

Afirma el articulista que Dulles, considerado como el futuro Secretario de Estado, en caso de que el partido republicano obtenga la victoria en las próximas elecciones, sostuvo en dicho litigio que el gobierno republicano español era anticonstitucional y que las compras efectuadas por él eran "en provecho particular de determinados directores comunistas de dicho gobierno."